

BOLSILIBROS
BRUGUERA

**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

LA BELLA DURMIENTE DEL ESPACIO

ralph barby

CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS
BRUGUERA

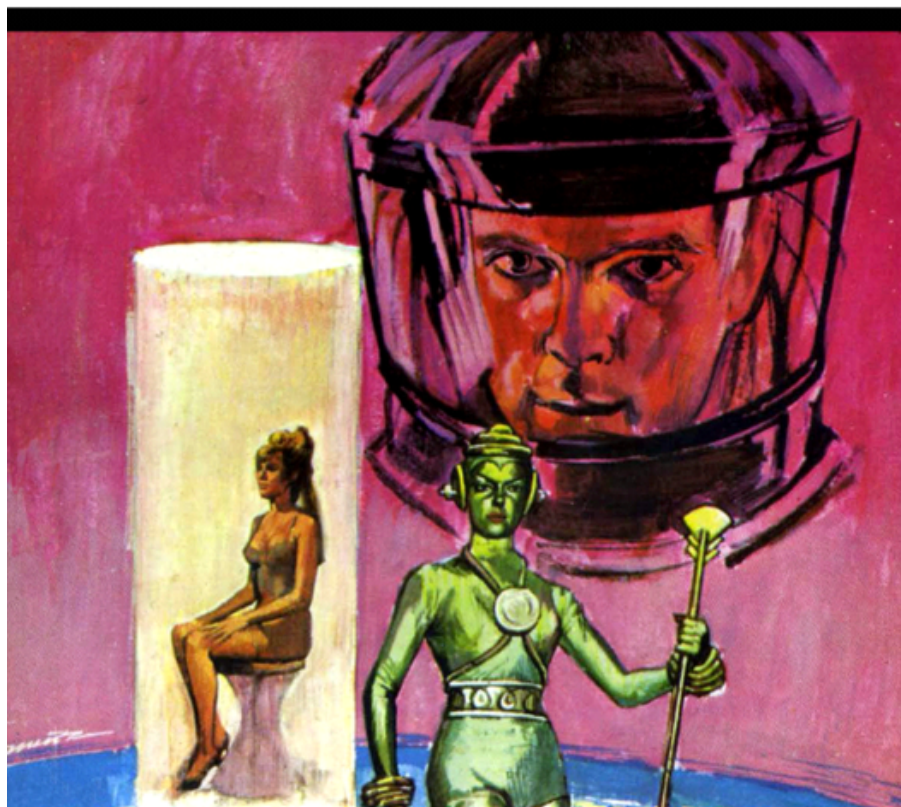
**SORTEO DEL
MILLON**

la conquista
DEL ESPACIO

LA BELLA DURMIENTE DEL ESPACIO

ralph barby

CIENCIA FICCION



RALPH BARBY

**LA BELLA
DURMIENTE
DEL ESPACIO**

Colección

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º
164**

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

Depósito Legal: B 33.058-1973

ISBN 84-02-02525-0

Impreso en España – Printed in Spain

1.ª edición: octubre, 1973

© **GLENN PARRISH** – 1973

texto

© **JORGE NUÑEZ** – 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 – Barcelona – 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ÚLTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. —La nube de la muerte, *J. Chandley*.
2. —Xenofobia, *Curtis Garland*.
3. —Ruta desconocida, *Marcus Sidéreo*.
4. —Las estrellas malditas, *J. Chandley*.
5. —La última galaxia, *Curtís Garland*.

CAPÍTULO PRIMERO

En el panel de baremos de la nave interestelar H-Explorer 1001, controlado por la ultrafiable computadora de a bordo, se encendió la luz roja de alarma.

Dentro de la nave había un silencio casi completo. Poniendo mucha atención, sólo podía escucharse el trabajo de la computadora que almacenaba datos, los barajaba y daba las órdenes según la programación que previamente se le había dado.

La computadora mantenía el rumbo y lo rectificaba si había variación. Asimismo, regulaba las condiciones de supervivencia dentro de la nave y ponía en marcha o detenía los motores para nivelar presión, dosificar el oxígeno o modificar el rumbo.

En aquellos momentos, la computadora, ante el peligro imprevisto, había comenzado a hacer funcionar el plan JL-71, clave que venía a significar que ella, por sí misma, se hallaba incapacitada para resolver el problema.

Por consiguiente, debía arrancar de su hibernación a uno de los tripulantes de la nave exploradora que se hallaba en los confines del Sistema Solar, madre de la civilización terrestre.

La ultrafiable computadora seguía recibiendo datos negativos y la luz roja centelleaba dentro de la oscuridad de la cabina de mando.

En la sala de hibernética, una de las seis grandes cápsulas aceroplásticas que guardaban y conservaban celosamente en su interior la vida humana, comenzó a recuperar lentamente la presión necesaria para acercarse a los setecientos sesenta y cinco milímetros, óptima para la vida humana.

También el oxígeno entraba gradualmente y cada vez en mayor porcentaje al tiempo que la temperatura aumentaba lenta, pero inexorablemente.

Los tripulantes terrestres de la nave viajaban con cinco décimas de grado Celsius en la totalidad de su cuerpo. Su sangre se hallaba fría, casi helada sin llegar a congelar. El corazón había dejado de funcionar por sí mismo y mediante unos electrodos extracorpóreos recibía el impulso para dar un latido cada seis horas.

De esta forma, una oleada de sangre oxigenada invadía el aletargado cerebro cuya actividad biolétrica sólo podía captarse con sensibles electro-atómico encefalógrafos.

Los minutos transcurrieron con lentitud.

Los electrodos extracorpóreos, colocados a la altura del corazón, aumentaron progresivamente los impulsos, acelerando la circulación de la sangre y oxigenando el cerebro en su parte consciente e inconsciente.

Cuando el ritmo cardíaco del comandante Al Cirus, jefe supremo de la nave exploradora, llegó a los veintidós latidos por minuto, la ultrafiable computadora dejó de enviar más impulsos y fue relevada por el propio corazón humano que asumió la función de despertar al hombre.

Su temperatura estaba ya en treinta y un grados Celsius después de dos horas de recuperación cuando el comandante Al Cirus, un hombre alto, un tanto delgado y de amplios hombros, abrió los ojos como si viniera de la misma muerte.

Ante él había una oscuridad casi total, pero pegada en el techo del transparente aceroplástico había una célula fotoeléctrica y supersensible que captó el levantamiento de sus párpados, transmitió la orden al gran cerebro de a bordo, aquel monstruo electrónico que no dormía jamás, y saltó un dispositivo que comenzó a iluminar la sala de hibernética.

Las luces eran tenues e indirectas para no herir las pupilas del comandante que aún no tenía la suficiente oxigenación para pensar, pero aumentaron lentamente en intensidad.

Cinco horas más tuvieron que pasar para que la sala de hibernación tuviera los veinte lux que la iluminaban.

Saltó un dispositivo de electroimán y la cápsula para hibernación se abrió automáticamente, dejando en libertad al hombre que había guardado durante largos años.

El comandante Al Cirus, de cabellos cobrizos y mirada fría, casi helada, hacía ya rato que pensaba. En el tiempo que había permanecido dormido, pese a la casi total anulación de sus procesos biológicos, habían aumentado sus cabellos. Le había crecido el bigote y la barba le cubría el cuello, pero aún no se había percatado de ello.

Ya libre de la tapa de la cápsula, se incorporó quedando

sentado. Lentamente movió sus agarrotados músculos y huesos. Movi6 la cabeza y los huesos del cuello le crujieron, incluso le dolieron en aquel movimiento, mas no podía reparar en ello.

Hizo un esfuerzo mental y record6 que si s6lo se le despertaba a 6l era que la ultrafiable computadora hab6a captado una aver6a o un problema insoluble para ella.

De haber llegado ya a su objetivo, el asteroide Uranium-Rich, captado por los espectralradiotelescopios montados en Fobos (1) y que se supon6a una gran masa de uranio natural, lejos del Sistema Solar, habr6an sido deshibernados todos los miembros de la tripulaci6n y no 6l en solitario como estaba ocurriendo.

La computadora, cumpliendo 6rdenes, le estaba despertando a 6l 6nica y exclusivamente mientras hab6a accionado el sistema motriz de la nave para que girara en c6rculo permanente, sin continuar el avance hasta que todo estuviera solventado.

El radio de giro, para no ser brusco, era de cien millas y en aquella situaci6n se hallaba la nave cuando despertaba el comandante Al Cirus, jefe supremo de la misi6n explorativa al asteroide Uranium-Rich, como se le hab6a denominado.

Al Cirus era joven, pero hab6a sido altamente entrenado para aquellas misiones, aunque una tan lejana no hab6a sido programada con anterioridad, llevando tripulaci6n a bordo.

Las naves autom6ticas de sondeo s6lo hab6an podido hacer llegar pobres datos que el hombre, ansioso de hallar grandes yacimientos de energ6a at6mica, no hab6a considerado suficientes.

Se introdujo en el cilindro de recuperaci6n r6pido que consist6a en un masaje bioelectr6nico a nivel celular y que a los treinta minutos dej6 sus funciones biol6gicas a pleno rendimiento.

Ya no le cruj6an los huesos y su sangre, rica en hemoglobina y bien oxigenada, llegaba hasta los m6s finos capilares de su cuerpo.

Su actividad cerebral funcionaba con gran capacidad y todo era normal en 6l. Estaba seguro de que en el per6odo de hibernaci6n no hab6a sufrido ning6n da6o irreparable.

No obstante, sab6a que deb6a someterse al chequeo de la computadora, pero lo har6a m6s tarde; en aquellos momentos ten6a dos cosas que hacer con urgencia.

Una de ellas era acercarse a las c6psulas que encerraban los

cuerpos de los otros cinco miembros de la tripulación.

Sus compañeros se hallaban pálidos, inmóviles, sin vida aparente. Un ataque de catalepsia les habría dado mejor color y aspecto que el que tenían a causa de la hibernación.

En apariencia, todo estaba bien. Hacía años que los seis se habían encerrado en sus respectivas cápsulas de aceroplástico y, sin embargo, parecía que sólo habían pasado minutos, descartando, naturalmente, aquellas barbas, bigotes y cabellos largos que le daban un aspecto de vejez.

Se tocó su propia barba. Era abundante y espesa, de un color cobrizo algo más oscuro que el de sus cabellos. No tenía tiempo para rasurarse; debía hacer lo que la computadora estaba pidiendo: Solventar su insoluble problema.

Recorrió el angosto túnel y tras subir unas escaleras, pasó al puente de mando.

Allí todo estaba quieto, en un silencio casi absoluto. A su paso, las luces se encendieron automáticamente. Sus pasos le condujeron hacia el panel de baremos.

Sabía que la H-Explorer 1001 se hallaba girando en el espacio hasta que se reparase la posible avería que había obligado a la computadora a despertar al comandante de la nave para decidir en consecuencia.

Sus ojos se fijaron de inmediato en el piloto rojo que advertía del peligro.

Comprobó que la nave seguía su programación y giraba en círculo en un diámetro de cien millas sin perder velocidad. Después pidió la posición a la computadora y ésta dio los datos en la pantalla de televisión.

—Bien, ya nos encontramos fuera del Sistema Solar, pero aún falta mucho camino espacial para recorrer antes de llegar al asteroide Uranium-Rich.

Al fin averiguó que la avería estaba en una de las cuatro cámaras de televisión situadas en el fuselaje exterior de la nave.

Girando cada una de ellas trescientos sesenta grados, con intervalos de seis horas enviaban la imagen del firmamento a la computadora y ésta la contrastaba con los mapas estelares archivados en su memoria. De este modo podía ir corrigiendo la ruta si se hacía

necesario mientras los tripulantes permanecían en hibernación.

La telecámara de proa no emitía ningún dato hacía ya treinta y dos horas. Por lo tanto, la computadora no recibía directamente los mapas del firmamento para poder seguir guiando la nave.

Era el hombre quien debía aplicar su inteligencia para resolver el problema y continuar adelante.

Al Cirus pulsó un dispositivo y en el fuselaje, por su lado exterior, emergió una especie de periscopio que no era otra cosa que una telecámara especial.

De inmediato apareció en pantalla cuanto veía y el comandante la colocó por telemando en dirección a la cámara que se suponía averiada.

La telecámara que no funcionaba, al igual que las otras tres que llevaba la nave filmando de forma permanente, tenía un cilindro de protección en el que se había clavado un pequeño meteoro. Si bien no había conseguido destrozar la telecámara, sí había quedado encajado allí, impidiendo toda captación.

Al Cirus suspiró.

Tenía que salir y arrancar aquel pequeño meteoro. Suponía que debía haber llevado la misma dirección que la nave, con un poco más de velocidad, pues en el caso de venir en dirección contraria habría arrancado la telecámara de cuajo.

Se llevó un objetivo de telecámara de repuesto por si necesitaba sustituirlo.

Se colocó el traje de supervivencia y el cinturón de herramientas por si acaso y colgó, en él el objetivo de repuesto. Después, se dirigió a la cabina de descompresión que daba salida al espacio. Se aisló en ella, despresurizándola. Se encendió un piloto verde y tras pulsar un botón, se abrió la puerta.

En el traje de supervivencia, tras la mochila donde se almacenaba el oxígeno, llevaba unos retrocohetes de emergencia, ya que caminaría por el fuselaje de la nave utilizando las botas con electroimanes, activados por una pequeña pila atómica incluida en la mochila de supervivencia.

Para que los electroimanes de sus botas pudieran ser utilizados adecuadamente, debía de caminar sobre unas líneas apenas perceptibles y pintadas del mismo color que el resto del fuselaje, pero

algo más oscuras.

Casi todo el fuselaje era de un aluminio especial aleado y reforzado con acero plástico, pero bajo aquellas rayas estaban los nervios de acero especial que constituían el esqueleto del fuselaje y sobre los que se adherían las botas del astronauta que avanzaba lentamente por encima de la nave como si ésta se hallara detenida en el aire, cuando giraba a una velocidad, comparativa con la Tierra, de unas ciento cincuenta mil millas hora.

Le costó poco llegar hasta la telecámara y con un simple destornillador logró arrancar el pequeño meteorito allí incrustado.

Dentro de su casco, yelmo del hombre espacial, Al Cirus sonrió satisfecho. El objetivo no parecía dañado en absoluto, la reparación había sido de lo más sencillo.

Regresaría al interior de la nave, la pondría de nuevo en ruta y daría el mando completo a la computadora para volver a su cápsula de hibernación y proseguir viaje como lo había hecho hasta aquel momento.

Caminando sobre las líneas de tonalidad más oscura, regresó a la entrada de la nave, pero su ceño se frunció. La puerta estaba cerrada, cuando él la había dejado abierta.

Abrió manualmente la trampilla que había junto a la puerta y en cuyo interior existía un pulsador de color verde para emergencias que debía franquear la puerta de la nave.

Preocupado pulsó y aguardó, mas la puerta continuó cerrada herméticamente.

En aquel instante comprendió toda la gravedad del momento que estaba viviendo.

La puerta se había cerrado sola, atascándose posiblemente y él no podía volver al interior de la nave. Si no conseguía entrar, moriría allí fuera, pegado al fuselaje como un parásito hasta agotársele el oxígeno.

Era inútil gritar pidiendo ayuda, sus compañeros se hallaban hibernados y jamás podrían oírle.

La muerte espacial acababa de hacer presa en él, no tenía escapatoria posible si la puerta seguía cerrada ante él. Con rabia, ansioso de seguir viviendo y no caer en manos de la muerte, golpeó con su puño repetidamente la puerta que se había cerrado como útero

materno al que, una vez dado a luz, no podía regresar.

CAPÍTULO II

La muerte era ya un hecho consumado para el comandante Al Cirus. Pese a todos sus desesperados intentos, la puerta seguía bloqueada.

El computador general de a bordo sólo controlaba en aquellos momentos las funciones vitales del interior de la nave y el mantenimiento del rumbo fijo en círculo de trescientos sesenta grados hasta que el propio comandante lo rectificara.

Por consiguiente, el cerebro electrónico nada podía hacer por ayudarle, ni siquiera despertar a otro de los tripulantes para que acudiera en su auxilio. Por otra parte, aunque llegara a ocurrir aquel remoto caso, el tiempo necesario para despertar, recuperar su estado normal y hacerse cargo de la situación, representaría demasiadas horas que Al Cirus no tenía envasadas en su equipo de supervivencia en forma de oxígeno.

Siempre había pensado en cómo sería el momento de su muerte.

Había comentado con otros compañeros que la muerte podía llegarles a través de un fallo en la hibernación, o bien por causa de un meteorito no controlado por la computadora y que destruyera totalmente la H-Explorer 1001 mientras la tripulación se hallaba en estado de hibernación.

Mas aquello era distinto. La posibilidad de morir en medio del espacio, fuera de la nave, era algo que ya habla sido descartado hacía décadas. No pensaba en ello y, sin embargo, él había quedado atrapado en el espacio exterior, aquella nada que rodeaba la nave, cruzada por multitud de rayos y ondas que escapaban de soles y planetas, del plasma estelar o del roce de miríadas de micrometeoritos.

Era difícil resignarse a morir pegado a la nave sin poder entrar.

De nada le servía tener los pies pegados con sus electroimanes al acero de los nervios del fuselaje, todo se terminaba para él.

Podía optar por quedarse quieto y esperar la muerte allí junto a la puerta o comenzar a caminar alrededor de la nave hasta que llegara el instante final.

No sería como en la Tierra, donde sus rodillas se doblarían; allí quedaría con los pies pegados a la nave y erguido, ya que en aquel estado era como sus músculos tenían qué hacer menos esfuerzo.

De pronto, a través del intercomunicador que para nada le servía en aquellos instantes, pues no podía ponerse en contacto con los hombres que se hallaban hibernados, comenzó a escuchar un extraño zumbido que le sorprendió.

—¿Qué diablos hará este ruido?

El ruido se fue haciendo más y más intenso.

Al mover la cabeza, desconcertado, descubrió un punto luminoso. Se lo quedó mirando a través del cristal de su yelmo espacial, aquel casco tan bien ideado para proteger su cráneo.

Parpadeó. El punto luminoso no parecía una estrella y tampoco un planeta, aunque reflejaba luz.

No podía dejar de observar aquel punto que se agrandaba paulatinamente al tiempo que aumentaba la interferencia sonora a través de su comunicador que se hallaba abierto.

No le cabía duda de que la onda sonora que estaba captando tenía relación directa con el objeto luminoso que se le aproximaba.

Tardó pocos minutos en comprobar que se trataba de una esfera de aspecto metálico y de un diámetro de entre sesenta y setenta pies.

A la velocidad con que se le acercaba y el rumbo que llevaba, Al Cirus temió lo peor. Acabaría estrellándose contra la nave Explorer, destrozándola, desintegrándola en el espacio. El trabajo realizado hasta aquel momento, los años de hibernación, todo se había perdido.

Aquella esfera metálica, al acercarse más, disminuyó sorprendentemente su velocidad, lo que extrañó más, si cabe, a Al Cirus.

“¿Será una nave de rescate? —pensó—. Al diablo, no puede ser. No hay naves de rescate en los confines del Sistema Solar. Aquí, el Sol sólo es un punto brillante, una estrella más”.

La Tierra quedaba mezclada entre los otros planetas que giraban en derredor del Sol, confundida entre ellos como perdida en el espacio, aunque la computadora sabía muy bien cómo regresar si se le daba la orden, orden que Al Cirus no podía dar debido a las extremas circunstancias en que se hallaba.

Aquella especie de esfera se detuvo a poca distancia, justo frente a la puerta de la H-Explorer 1001. La esfera tenía un tercio del volumen de la nave terrestre o quizá menos.

La nave, pues no le cabía duda de que era una nave y además extraterrestre, permanecía detenida. Al Cirus no sabía qué se proponía ni qué clase de seres podía haber dentro de ella. Era un enigma que quizá nunca descubriría, ya que ellos podían destruir la Explorer sin que ésta tuviera posibilidad de defenderse en aquellos momentos.

Incluso, él mismo, para salir al exterior, no había cogido su pistola “Láser” debido a que ningún problema de ataque podía esperar.

Dentro de su casco, el zumbido era tan intenso que le molestaba profundamente. Desconectó el comunicador electrónico y el ruido le llegó igual.

Fue entonces cuando comprendió que aquel vibrante y molesto sonido le llegaba a través del mismísimo casco y que no podría aislarse de él.

En aquel instante, un punto de la esfera comenzó a agrandarse, allí donde no parecía haber puerta alguna, ya que la nave semejaba una bola metálica sin fisura alguna, sin resquicios ni señales de soldadura.

Al Cirus quedó quieto observando la extraña nave que había abierto una puerta lo suficientemente grande como para que él pudiera penetrar por ella.

Se palpó el cinturón; en él sólo tenía herramientas básicas y un soldador capaz de fundir metales de elevado punto de fusión, nada que le ayudara a luchar a distancia contra cualquier posible agresor que apareciera por la puerta abierta de la enigmática nave.

Pasaron los minutos y aumentó la tensión en Al Cirus, aunque él jamás perdía los nervios, no en vano era el comandante de una nave Explorer.

Sabría mirar a la muerte cara a cara, pero los minutos

transcurrieron y nada sucedía. La puerta continuaba, abierta y nadie salía por ella... Mientras, la puerta de su nave seguía cerrada y no podía volver a su interior.

El manómetro de su controlador de oxígeno entró en zona roja, sólo le quedaba ya la reserva. Podía haber utilizado el equipo de larga supervivencia en el espacio hostil, pero no lo había creído conveniente y tan sólo le quedaba el oxígeno de reserva.

Tenía que decidirse, no le quedaba otro remedio salvo que quisiera morir frente a aquella puerta abierta que mostraba una luz interior de tonalidad rojiza.

—Muerto por muerto, veré lo que puedo encontrar dentro —se dijo.

Sabiendo lo que se jugaba, Al Cirus puso en marcha sus mini-autocohetes, despegando de la H-Explorer 1001. Cruzó el espacio alejándose en dirección a la extraña nave.

Con cierta reserva se detuvo frente a la puerta de la nave esférica. No vio peligro alguno y siguió adelante, quedando en el dintel.

Volvió los ojos hacia la H-Explorer 1001 como para mirarla por última vez. Desde allí aparecía alargada, majestuosa, como detenida en el espacio pese a la vertiginosa velocidad con que se movía.

La nave esférica, situada frente a ella, había establecido el mismo rumbo y no se apartaba de su posición inicial ni una pulgada. Era como si las dos se hubieran detenido en el espacio. Aquélla era una de las grandes maravillas del espacio, donde se podía viajar a increíbles velocidades y sin puntos ostensibles de referencia, parecía que estaban eternamente quietos.

Mentalmente mandó un adiós a sus compañeros de tripulación que no podían oírle por hallarse hibernados. Después se enfrentó a lo desconocido y avanzó hacia el interior de aquella nave, sin duda alguna gobernada por mentes de avanzada civilización tecnológica.

La nave no era grande. Su sistema motriz resultaba desconocido para Al Cirus, que halló a su paso inscripciones que le hicieron pensar en una escritura ideológica, pero que no podía comprender en absoluto.

Todo, allí era extraño, y lo que más le desconcertaba era que no parecía haber nadie, por lo menos nadie visible a sus ojos y que

tripulase la extraña nave que se le había acercado en los confines del Sistema Solar, como acudiendo en su ayuda en el momento difícil en que iba a perecer.

—¿Será una nave automática? —se preguntó.

No había respuesta para Al Cirus. Allí dentro, todo era distinto a lo conocido por él. El ruido que traspasaba su cráneo continuaba, pero un tanto mitigado al hallarse dentro de la nave.

Llegó hasta el núcleo de la nave esférica donde había una habitación cilíndrica cuyas paredes eran de un material semejante al cristal, transparente y sólido.

Tenía una amplia puerta abierta y en el centro de la estancia había una butaca anatómica, como si fuera el lugar donde debía de sentarse el ser que dirigiera aquella nave.

Observó el sillón. No había nadie dentro, tampoco mandos que manipular. Sintió un deseo incontrolado de sentarse en aquel sillón y para poder hacerlo, se introdujo en la estancia de cristal.

Se acercó al sillón y se acomodó en él. De pronto, surgieron unas anillas metálicas que le atraparon manos y pies, dejándolos bien sujetos.

—¡Maldición, es un cepo! —exclamó en el preciso instante en que la puerta de cristal se cerraba, aislándole en aquella celda transparente.

Intentó soltarse de los brazaletes metálicos, pero todo fue inútil. En el techo de aquel extraño cepo donde había caído, se encendió un gran foco y comenzó a oírse un silbido electrónico que fue aumentando, torturando los oídos de Al Cirus hasta tal punto que lo hizo gritar de dolor.

Aquello era insoportable, traspasaba el casco y penetraba en lo más recóndito de su cráneo mientras la luz; aumentaba de intensidad.

Con desesperación, comenzó a percatarse de que se estaba desintegrando, todo él se atomizaba. Sus manos, su cuerpo, incluso su traje desaparecía... Todo se desintegraba mientras él gritaba de dolor, de un dolor insoportable jamás sospechado.

Mientras, afuera, frente a la nave esférica extraterrestre, la H-Explorer 1001 seguía navegando en círculo hasta el fin de los tiempos, si alguien no activaba de nuevo el cerebro electrónico de a bordo, marcándole la ruta a seguir.

CAPÍTULO III

El comandante Al Cirus, convertido en vivísima luz, fue transportado a la nada y de la nada volvió a reintegrarse. Cada uno de sus átomos, de sus moléculas, ocupó el lugar correspondiente como un enorme y complicadísimo rompecabezas.

Le pareció que no había transcurrido ni un segundo. Le daba la sensación de que todavía estaba desintegrado bajo la vivísima luz y el perforante sonido cuando se vio a sí mismo completo, sentado sobre aquel sillón y dentro de la habitación cilíndrica.

La puerta de aquella trampa en la que se había metido se abrió automáticamente y por ella aparecieron cuatro seres que le obligaron a parpadear, desconcertado.

Los extraterrestres (no le cabía duda de que lo eran, pues su aspecto era de lo más insólito) tendrían una estatura semejante a la suya.

Eran bípedos, pero sus brazos eran muy largos y con dos codos en vez de uno como los terrestres. Sus manos casi tocaban el suelo, aunque no se apoyaban en él para avanzar como podían hacer los simios terrestres.

Aquellos seres resultaban sumamente delgados y su cabeza, pese a tener un tamaño similar a la de Al Cirus, quedaba desproporcionada con el resto del cuerpo debido a su extrema delgadez.

Sus rostros eran casi de pesadilla, carecían de todo vello. Sus grandes ojos tenían forma ovoide y entre ambos ocupaban casi todo el rostro. Carecían de mejillas y nariz y su boca era circular y pequeña. Al igual que la de algunos insectos, estaba siempre en movimiento, como absorbiendo algo. Sus indumentarias tenían un brillo metálico, pero parecían muy flexibles.

—Y ahora, ¿qué diablos harán conmigo? —indagó Al Cirus.

De pronto escuchó una voz en su cerebro, tan clara como si la estuviera oyendo a través de sus oídos.

—Nada malo hemos de hacerte, terrícola. Sé bienvenido al planeta Siderium.

—¿Siderium? Nunca he oído hablar de dicho planeta.

—Hay millones de planetas con vida y de los que jamás habrás oído hablar, soberbio terrícola. Vuestra Tierra sólo es como una gota de agua en vuestros océanos.

Al Cirus quiso preguntar, pero no sabía con cuál de aquellos seres estaba hablando concretamente, ya que los cuatro movían la boca continuamente y al parecer se ponían en contacto con él utilizando la telepatía.

El mismo se sorprendió de sus propias cualidades telepáticas, desconocidas hasta aquel instante.

Se fijó en que uno de aquellos seres del planeta Siderium tenía una franja azulada en su indumentaria, cruzando su cuerpo en vertical. Le pareció que aquello podía significar una distinción y se encaró hacia aquellos grandes ojos que tendrían el tamaño de diez pupilas terrestres.

—¿Conocéis la Tierra, mi planeta?

—Sabemos lo suficiente de tu planeta. Ahora podrás quitarte el casco. Tu traje de superviviente no hace falta aquí.

—¿Estáis seguros de que hay la suficiente cantidad de oxígeno como para que no me asfixie y de que en esta atmósfera que respiráis vosotros no existen gases nocivos para mí? Me parece una atmósfera turbia.

—Sabemos que puedes respirar perfectamente.

En aquel instante, Al Cirus se percató de que habían desaparecido los brazaletes metálicos que sujetaran sus brazos y piernas a aquel extraño sillón.

Se puso en pie y se quitó el casco de su traje de supervivencia. Respiró despacio, con prevención, mientras era observado por aquellos extraños seres que a cualquier otro terrestre que no fuera Al Cirus habrían podido provocarle terror y pánico.

Hinchó sus pulmones con aquel aire que, pese a todo, le parecía viciado, viscoso y altamente húmedo, pero no le sucedió nada.

No sufrió dolor de cabeza que delatara una insuficiencia de

oxígeno ni ninguna otra clase de trastorno. Por ello, se quitó el pesado traje de supervivencia, ya que había comprobado que la gravedad allí era la normal en la Tierra, aunque en aquellos momentos careciera de instrumentos apropiados para medirla.

—Sí, parece que se puede vivir aquí, vuestra atmósfera es respirable para mí. Por cierto, ahí afuera está mi nave...

—No has comprendido todavía, terrícola. Ya no estás en el espacio, te hemos dado la bienvenida al planeta Siderium porque te hallas en él.

—¿En un planeta? Si no había ningún planeta cerca de la nave...

—Has viajado a la velocidad de la luz con nuestra máquina, a través del espacio en forma fotónica.

—Me parece increíble; pero lo comprendo. Ese sistema ha tratado de inventarse en nuestro planeta, pero sin éxito, siempre hemos fracasado, no había garantías en la reintegración. —Se miró las manos, todo su cuerpo y aplaudió—: Vosotros parece que lo habéis conseguido en forma perfecta. Al parecer, no me falta un solo átomo, es una maravilla. ¿Qué distancia habré viajado convertido en energía lumínica?

—Billones de millas, según vuestra medida de longitud.

—Sí, es una de las medidas que empleamos.

Caminó un poco entre aquellos seres que lo observaban con mucha atención, al menos eso le pareció a Al Cirus debido a los grandes ojos que tenían.

Se percataba de que debía ser amable con ellos, ya que estaba en sus manos, en su planeta totalmente desconocido para él. Por lo visto, los sideriumenitas eran extraordinariamente inteligentes. No se hallaba entre salvajes, era eso obvio, pero tampoco podía abrazarles sin saber antes qué era lo que pensaban hacer con él.

No tenía intención de pasar a ser un espécimen más del zoo particular de los sideriumenitas.

Tuvo mucho cuidado al escoger sus pensamientos; se daba cuenta de que pensar era como hablar a voces para ellos.

—¿Enviasteis vuestra nave porque sabíais que estaba en apuros?

—Así es, terrícola. Una de nuestras naves automáticas se hallaba cerca de tu nave que giraba en círculo constantemente y en un radio muy corto. Pudimos observar que estabas en peligro, que no podías regresar a tu nave y te facilitamos nuestra propia nave automática. A través de ella te hemos transportado a nuestro planeta y ahora estás a salvo, no corres peligro alguno de morir en el espacio. Eres nuestro invitado, terrícola, síguenos.

Abandonó su traje de supervivencia junto al sillón y caminó en pos del que parecía el jefe del grupo. Los otros se colocaron tras él a modo de escolta y, de este modo, el comandante de la H-Explorer 1001, a billones de millas de su propia nave abandonada en el espacio, se sumergió en el mundo desconocido del planeta Siderium.

Vio a otros sideriumenitas que a su vez le observaban con atención. Al Cirus no conocía lo suficiente aquellos rostros como para detectar a través de ellos lo que podían pensar sobre su persona. Le habían invitado, sin embargo, le daba la impresión de hallarse prisionero.

Pasaron por varias salas en las que había avanzadísimos aparatos, algunos de los cuales, Al Cirus sólo sospechaba para qué podían utilizarse.

Al fin quedaron quietos frente a un vehículo montado sobre un monorraíl. Era más bien pequeño, como de ocho plazas.

El jefe del grupo le pidió:

—Sube. Hemos de viajar hasta lo que vosotros los terrícolas llamaríais el parlamento.

—¿Parlamento? ¿Te refieres al consejo de políticos que gobierna Siderium?

—Exactamente. Todos están ansiosos por conocerte.

Subió al vehículo y sus acompañantes hicieron lo propio.

Al Cirus respiraba con normalidad, pero no se sentía a gusto dentro de aquella atmósfera pegajosa y húmeda en la que los sideriumenitas semejaban hallarse a sus anchas.

Se preguntó qué diría el parlamento sobre su persona. ¿Le estarían viendo como a un ser inferior o simplemente le verían como a un ser inteligente que, perdido en el espacio, precisaba ayuda y ellos se la ofrecían? Lo que fuera, no tardaría en saberlo.

El monorraíl se puso en marcha y tardó segundos en adquirir una velocidad endiablada por el interior del angosto túnel en el que se había introducido.

—¿No utilizáis la superficie del planeta para viajar? —preguntó Al Cirus con su pensamiento.

El jefe del grupo, que se hallaba ahora a su lado, le respondió mientras el monorraíl, programado de antemano, circulaba de forma automática.

—Estuvimos a punto de perder la ecología de nuestro planeta y cuando eso ocurrió, hace ya mucho tiempo, nuestro parlamento decidió que viviríamos en el subsuelo. Desde abajo regularíamos con cuidado la vida que existe en la superficie, eliminando a los seres en evidente superpoblación y ayudando a las especies en peligro de desaparición.

—Si lo han conseguido habrá sido un trabajo excelente. En el planeta Tierra también se trabaja sobre esto desde hace casi dos siglos, pero no hemos llegado a la vida total subterránea.

El subsuelo del planeta estaba cruzado por infinidad de túneles como aquel por el que viajaban a una gran velocidad y al parecer sin peligro de choque con otros vehículos, ya que todas eran direcciones únicas.

Para Al Cirus, todo aquello era fantástico y se le ocurrían más y más preguntas, pero cuando se disponía a formularlas, el vehículo se detuvo en una especie de gran estación en la que confluían multitud de monorraíles como el que habían utilizado.

Los andenes conducían a unas grandes escalinatas, pese a hallarse en el subsuelo, la iluminación era perfecta; al Cirus no sentía heridas sus retinas lo más mínimo.

Había allí muchos sideriumenitas, pero no se escuchaba una sola voz, por lo que dedujo que entre ellos también se comunicarían siempre telepáticamente. Lo que no acababa de comprender era que no hubieran cruces de mensajes telepáticos. Los terrestres no habían conseguido dominar la telepatía y aquellos seres la utilizaban con tanta normalidad como los terrestres el lenguaje hablado.

Se sintió observado por centenares de ojos que lo miraban con curiosidad, pero nadie se le acercó a molestarle; parecían seres pacíficos.

Ya en las escalinatas, descubrió a sideriumenitas armados. Semejaban soldados y montaban guardia en lo que parecían las grandes puertas del parlamento.

Allí dentro se reunía el grupo pensante y dirigente del mundo de los sideriumenitas, ellos tenían que decidir lo que se haría con él.

Acercándose ya a las puertas, Al Cirus se percató de que tenía sed y hambre. Se tocó los labios y se acordó del enorme vello que cubría su rostro, aquel vello que le había crecido lentamente durante la hibernación.

Se imaginó a sí mismo, ya que no tenía espejo donde mirarse y se vio radicalmente distinto a los sideriumenitas que podrían verlo como a un ser salvaje y primitivo.

Se abrieron ante él las grandes y pesadas puertas del Gobierno de Siderium.

Al Cirus, erguido, con aplomo y gallardía, anduvo hacia la gran sala donde podía decidirse su total exterminación. Su vida estaba en las manos de los sideriumenitas allí reunidos.

CAPÍTULO IV

Cuando Al Cirus, representante entre los sideriumenitas de un lejano planeta, se halló en el centro de la sala del parlamento, observó que alrededor suyo habría algo más de un centenar de aquellos seres de enormes ojos sin párpados y larguísimos brazos con dos codos, brazos que a los ojos de Al Cirus resultaban un tanto mecánicos, faltos de gracia.

En la mesa de la presidencia había cuatro sideriumenitas. Podían ser ancianos o jóvenes, Al Cirus no podía apreciarlo en sus rostros.

Alguien se dirigió a él con su onda telepática.

—Bienvenido a Siderium, terrícola.

Mentalmente, pues se había dado cuenta de que pese a tener largas orejas no las utilizaban para escuchar palabras que al parecer no podían articular con aquellas extrañas bocas circulares, siempre en movimiento, respondió:

—Ante todo, os doy las gracias por haber salvado mi vida cuando estaba en grave riesgo de morir en el espacio. La llegada de vuestra nave automática, a través de la cual he llegado hasta aquí utilizando vuestro sistema de viaje convertido en energía fotónica, fue providencial. Os doy las gracias por todo y agradezco vuestra bienvenida.

Se produjeron unos instantes de silencio. Al Cirus esperaba dar un toque de amistad con sus palabras, lo que no sabía era si aquellos seres de avanzada civilización tecnológica tendrían sentimientos o bien carecían de ellos, pudiendo aplastarle como en la Tierra un hombre lo hacía con una hormiga o una repulsiva rata.

—¿Cuál es tu grado y cómo te llamas, terrícola? —le preguntó una voz sin saber de quién procedía. Todos le parecían iguales moviendo constantemente sus repulsivas bocas.

—Soy el capitán Al Cirus, comandante de la H-Explorer 1001 que debe de hallarse en el espacio con la puerta bloqueada, ignoro por

qué avería.

—¿Adónde te dirigías, capitán Al Cirus?

—Mi misión era la de explorar un asteroide con posibilidades de riqueza mineral.

—¿Uranio, quizá?

—Sí —respondió con tajante claridad.

No deseaba que lo tomaran por embustero y recelasen de él. Después de todo, ignoraba hasta qué punto sabían de él y de lo que guardaba en el interior de su propio cerebro.

A lo peor le estaban observando como un adulto lo haría en la tierra con un niño, tratando de averiguar si mentía o no.

—Bien, capitán Al Cirus. Siderium no ha hecho jamás la guerra a ningún otro planeta, pero tampoco de seamos que nos la hagan a nosotros.

—Tened la seguridad de que estamos en el espacio en son de paz. No deseamos la guerra con nadie.

—Tus palabras son buenas, capitán Al Cirus, pero deseamos estar seguros de ellas. De ti depende que seas nuestro invitado, siempre agasajado o un reo que debe de ser ejecutado, destruido, aniquilado.

—No tenéis por qué hacerlo. Estoy desarmado, ningún arma llevaba conmigo cuando me trajisteis a vuestro planeta.

—Lo sabemos, capitán Cirus. Tú no eres el único terrícola que ha llegado a Siderium.

—¿Hay más gente como yo? —preguntó apremiante, deseoso de encontrarlos.

—Nosotros, desde hace siglos (empleo vuestra medida del tiempo) enviamos naves automáticas al espacio para que vigilen, hagan sondeos y nos proporcionen toda clase de datos, lo mismo que hacéis los terrícolas con vuestras primitivas naves, sólo que las nuestras son automáticas y permanecen tiempos larguísimos en sus viajes espaciales. Una de nuestras naves centinelas enviada al espacio hace siglos, encontró una nave terrícola sin rumbo, perdida en el éter. Tal vez como se la había programado para un caso de este tipo, sujetó la nave terrícola y la remolcó hasta Siderium. Esto ocurrió hace mucho tiempo, cuando nosotros aún no teníamos perfeccionado el

sistema de viaje atomizado por el que te hemos traído a ti, capitán Al Cirus. Mientras la nave terrícola se ha pasado largo tiempo viajando hasta Siderium, tú lo has hecho en brevísimo tiempo.

—Pero mis congéneres terrícolas, ¿están vivos?

—Tenemos la nave en un lugar seguro y cuidado. Tú, capitán Al Cirus, deberás recuperar al único espécimen que hay dentro de la nave terrícola. En tus manos está salvarle la vida.

—Y cuando lo consiga, ¿podremos regresar a nuestro mundo?

—Cuando lo consigas, capitán Al Cirus, este consejo hará su votación. La reina sentenciará sobre ella y de esta sentencia dependerá vuestro futuro.

—Acepto vuestras votaciones, pero quiero saber si soy vuestro prisionero o un invitado. Para mí es importante aclararlo.

—Te hemos dicho bienvenido a Siderium, capitán Al Cirus. No eres prisionero y tampoco lo es el otro terrícola. Kaun y su equipo te acompañarán y servirán en cuanto necesites. Podrás conocer mejor Siderium, nuestro mundo, nuestra civilización, pero si en algún momento tratas de destruir algo de este planeta, si haces sabotaje, lo lamentarás. No hay escapatoria posible de Siderium.

—Correcto. Ahora que ya habéis decidido momentáneamente sobre cuál es mi destino inmediato, es decir, el de intentar salvar a mi hermano terrícola, decidme, ¿cuándo lo veré? Estoy ansioso por estar junto a él y conocer sus problemas.

—Kaun te conducirá hasta la nave terrestre. Nadie te molestará, capitán Al Cirus. Si alguien lo hiciera, le serán aplicadas las más severas medidas de castigo que impone nuestra ley.

—Agradezco cuanto estáis haciendo por mí y por mi compañero, al que todavía no conozco.

—Puedes marcharte, capitán Al Cirus.

Al Cirus abandonó el parlamento, sabedor ya de que por encima de él existía una reina.

Kaun, el sideriumenita de la franja azulada en vertical, le condujo hacia uno de los monorraíles estacionados en aquella especie de gran estación que había fuera del parlamento.

Con Kaun y sus tres servidores, viajó de nuevo por las entrañas

del planeta, cuyo exterior no había visto aún por haber llegado al interior del mismo convertido prácticamente en energía.

—¿Dónde está la nave terrícola? —preguntó.

Kaun captó su pensamiento, respondiéndole con el suyo.

—Se halla en el astródromo.

—¿Sufrió alguna avería?

—No, llegó en perfectas condiciones; aunque nuestra nave de rescate no era un modelo avanzado, pudo hacer todas las maniobras de salvamento.

Al Cirus estaba ansioso por ver al otro terrícola. Ya no se sentiría tan solo en aquel mundo de pesadilla, pues aquellos seres eran demasiado distintos a él para pensar que pudiera haber un perfecto entendimiento.

Por el momento, él no podía exigir nada, ya que estaba a merced de lo que le ordenaran.

No tardaron en llegar al astródromo que resultó un vasto lugar con grandes hangares subterráneos donde se hallaban las naves que habrían de ser enviadas al espacio y también las que habían regresado de él.

Cerca se hallaban las grandes naves para ensamblaje y construcción de los ingenieros espaciales del pueblo sideriumenita.

Al Cirus, secándose con un pañuelo aquel pegajoso sudor que tanto le molestaba, preguntó:

—¿Utilizan estas naves para viajar por el espacio?

Esta vez, aun no le respondió. En silencio mental, siempre moviendo aquella, para Al Cirus, repugnante boca, le condujo basta un ascensor que les sacó a la superficie del planeta.

Al Cirus aspiró con fruición, deseando respirar un aire más limpio, menos pegajoso y turbio, pues esto último le perjudicaba la visión a distancia. Se dijo que quizá aquellos ojos tan grandes que tenían los sideriumenitas eran para poder ver más lejos, taladrando aquel aire que parecía lleno de miasmas.

Contempló el cielo atmosférico de Siderium. Era claro, pero más verdoso que azul, lo que le hacía distinto al de la Tierra que era

de un puro azul claro.

—Esa es la nave terrícola.

Kaun señaló la gran nave cónica detenida en el suelo pétreo del astródromo.

—¡Diablos! Es una nave terrestre, pero muy antigua.

—Debe de tener mucho más tiempo que la tuya —observó Kaun.

—Sí. Por mis conocimientos sobre la historia espacial terrestre, deduzco que este modelo se pondría en el espacio hará como un siglo.

—En el espacio, el tiempo cronométrico pierde su razón de ser. A los dos terrícolas os pueden separar cien años terrestres y, sin embargo, no se notará, ya que la hibernación rompe la diferencia del tiempo entre los seres vivos que estamos sometidos a la implacable ley de nacer, vivir y morir.

—Sí, pero el tiempo que se gana hibernando de nada sirve, puesto que es como si estuviésemos muertos. —Se acercó a la escalerilla de la nave y preguntó—: ¿Puedo subir?

—Sí. Ya sabes cuál es tu misión, debes de despertar al terrícola y conseguir que viva como lo estás haciendo tú.

—Lo intentaré, pero, por el momento, yo tengo hambre y sed.

—¿Hambre?

Kaun se lo quedó mirando fijamente con sus grandes ojos ovoides, desprovistos de párpados.

—Sí, hambre. ¿Es que vosotros no coméis?

—Estudiaremos tu alimento, terrícola, pero no te garantizamos que acertemos con tus gustos, ya que desconocemos la comida terrestre.

—Probad a darme comida vuestra y veremos si me siento bien —respondió subiendo ya por la escalerilla de la nave.

Dentro vio a otros sideriumenitas. Sus indumentarias eran de distinto color a las que ya había visto, y entre ellas había franjas como las de Kaun, pero de diferentes tonalidades. Al Cirus no reparó en ellas, ansioso como estaba en descubrir al otro terrícola que habría de compartir con él la estancia en Siderium.

Ambos buscarían el medio para regresar a la Tierra o, por lo menos, a una base terrestre.

Llegó hasta un primitivo cilindro de hibernación instalado en una de las cámaras de la nave. A los ojos de Al Cirus, todo aquello resultaba viejo, caduco y desestimado por la moderna tecnología espacial terrestre, pues se habían descubierto sistemas superiores en todos los órdenes al paso de los cien años que separaban aquella nave y su H-Explorer 1001.

Se acercó al arcaico sistema de hibernación y a través de una ventanilla de cristal, buscó el rostro del otro terrestre, posiblemente cien años más viejo que él.

Quedó sorprendido al descubrir el rostro femenino más hermoso que viera jamás, un rostro de piel tersa y muy blanca, quizá algo azulada a causa de la hibernación.

Su cabello era larguísimo y dorado; le habla ocurrido como a él, creciéndole durante la prolongada hibernación.

—¡Dios mío, si es una mujer y bellísima! —exclamó en voz alta mientras era rodeado por los extraños habitantes de Siderium.

CAPÍTULO V

—Estudiaré todo el sistema de hibernación de esta nave para tratar de despertar a la astronauta de mi planeta. Hay que hacerlo con cuidado, ya que este sistema no es muy perfecto; fue desestimado hace mucho tiempo.

Al Cirus reparó entonces en que habían otros dos cilindros, pero estaban abiertos y dentro de ellos no había nada. Miró a Kaun interrogante y preguntó:

—¿Había más astronautas?

—Yo no he de responder, debe de hacerlo el profesor Ohak.

Un sideriumenita de atuendo verdoso, con una franja amarilla, se adelantó hacia él. Al Cirus comenzó a observar las diferencias entre unos y otros.

El tal profesor Ohak era más obeso que Kaun dentro de su delgadez, también su piel era más rugosa y su repugnante boca circular se movía menos aprisa que la de Kaun y sus acompañantes.

—Tratamos de salvarlos, pero no lo conseguimos, por eso mantuvimos a la terrícola dentro de su cápsula hasta que tuviéramos la seguridad de despertarla con vida y nadie mejor que otro terrícola para lograrlo.

—Sí, claro. —Miró de nuevo hacia los cilindros de hibernación y volvió a preguntar—: ¿Qué habéis hecho con sus cuerpos?

—En Siderium, cuando alguien muere, el desintegrador atómico se encarga de evitar que unos restos sean un problema. Lo mismo se hace con todos los detritos de nuestras metrópolis subsolares.

—Entiendo. Ya me contó Kaun que aquí cuidan mucho de la ecología natural de la superficie del planeta. Por cierto, me gustaría conocer su fauna y su flora.

Los sideriumenitas se hicieron a un lado para que el comandante Al Cirus pudiera trabajar a sus anchas, aunque con sus

grandes ojos lo observaban todo con gran atención.

Al Cirus buscó en la memoria de aquella primitiva computadora los datos necesarios para deshibernar a aquella espléndida mujer.

Todo había sido tocado, pero no deteriorado por los sideriumenitas. Sabía que con las antiguas cápsulas de hibernación, el primer error que podía cometer era el correr, sentir apremio por terminar cuanto antes.

Debía volverla a la naturalidad con mucha lentitud y pensó que aquel error podían haberlo cometido los sideriumenitas, por ello los dos tripulantes que faltaban se les habían quedado en las manos.

Se instaló frente a la computadora. Tomando datos y haciendo cálculos, transcurrió el tiempo sin apercibirse de ello. El reloj de la nave funcionaba y fue marcando el paso de las horas.

Kaun, rodeado por los científicos de su especie, se le acercó inquisitivo

—¿Cuándo despertará?

—No lo sé, pero no voy a darme prisa, su vida corre peligro. Este proceso de hibernación es muy primitivo y poco conseguido. Me tomaré el tiempo que haga falta para estar seguro de no cometer ningún error.

Al ver que no le traían agua ni comida, sudando de rostro y espalda, Al Cirus se levantó y buscó entre los alimentos liofilizados de la despensa que llevaba la propia nave terrestre.

Comió comprobando que el sistema alimenticio había variado sensiblemente en los últimos cien años.

Los sideriumenitas no le dejaban solo en ningún momento. Siempre tenía a un mínimo de dos cerca de él, observándole atentamente con aquellas pupilas que jamás pestañeaban.

—¿Lo que has comido es tu normal sistema de alimentación? —preguntó un sideriumenita muy cerca de él, mirándole mientras comía.

Al Cirus notó algo distinto y no tardó en comprender que era una hembra. Se le notaban ligeramente los pequeños senos. De lo que no cabía duda es de que eran mamíferos como él.

—No, también tomamos leche y sus derivados, y carne, que son en general nuestras proteínas, aunque también las sacamos de multitud de semillas. Dentro de las carnes encontramos a su vez vitaminas, al igual que en los frutos. En fin, creo que sabréis de todo esto tanto como yo, parecéis muy inteligentes.

La hembra sideriumenita, cuyo nombre desconocía, replicó con naturalidad:

—Nosotros no comemos.

—¿Cómo? —exclamó sorprendido.

—Tomamos la leche materna durante un breve período de nuestra vida. Luego, el diminuto estómago que apenas tiene unos días de vida, se contrae y atrofia, quedando dentro de nosotros como algo inerte, inservible e inofensivo.

—¡Diablos! ¿Cómo os alimentáis entonces?

—Nosotros no tenemos el problema de la alimentación. Nuestros pulmones son algo distintos a los vuestros y absorbemos el aire con el oxígeno y toda la materia orgánica suspendida en él.

—¡No me digas que hacéis la digestión en los pulmones... !

—Así es. Nuestra sangre se nutre al tiempo que oxigena. Nuestro proceso biológico es mucho más simple que el tuyo, terrícola. Nuestros cuerpos no eliminan los detritos humanos como vosotros hacéis. A través del sudor corporal nos libramos del agua sobrante en nuestros organismos.

—Pero ¿y el agua?

—El aire está cargado de humedad, de agua en suspensión y este agua es más que suficiente para mantener nuestro organismo a su nivel de presión sanguínea y proporcionar al resto del cuerpo el agua necesaria.

—¿Y toda esa maravilla biológica que simplifica la vida la habéis conseguido por mutación artificial o por mutación natural a través de los siglos, es decir, por evolución?

—¿Qué está preguntando el terrícola, doctora Fabrina?

Quien acababa de acercarse a ellos no era otro que el profesor Ohak, jefe de los científicos de Siderium.

—El terrícola me explicaba que su principal alimento es la carne.

—Bien, veremos de proporcionársela. Los terrícolas son muy primitivos.

Al Cirus pensó que aquellos seres se perdían un placer al no poder saborear escogidos y sabrosos alimentos. También pensó que su fuerte y sana dentadura debía de parecerles algo salvaje, ya que ellos carecían de dientes y su sistema bucal era distinto.

—Quizá no se pueda hablar de seres primitivos o altamente civilizados tecnológicamente. Un planeta puede haber avanzado mucho en una dirección y el otro planeta en dirección similar, pero algo opuesta. He llegado a deducir que vosotros no utilizáis el sistema de hibernación.

La doctora Fabrina explicó:

—En nuestro planeta se empleó, pero luego fue desechado.

—Tenemos un sistema mucho más rápido y seguro para viajar, capitán Al Cirus —puntualizó el profesor Ohak, no exento de soberbia.

—Pero, si alguno de vosotros cae enfermo, se le puede hibernar y esperar al futuro.

—Todas las enfermedades conocidas son controladas por nosotros.

—Todas excepto la muerte por vejez, ¿no?

La doctora Fabrina replicó aguda:

—Supongo que vosotros tampoco habéis resuelto esa enfermedad.

—Es cierto. Creo que nadie ha podido resolverla porque no somos dioses.

—Nuestro dios es nuestra reina —advirtió enfático el profesor Ohak—. Ella nos da la vida, la fuerza y el poder.

—Sí, pero también muere, ¿verdad?

—Así es, terrícola —aceptó la doctora Fabrina—. En nuestro planeta, cuando un hermano muere, tiene derecho a nacer otro; de este modo mantenemos el equilibrio perfecto.

—¿Debo de suponer que el mundo de Siderium está calculado para un determinado número de seres vivos y que lo mantenéis exactamente?

—Doctora Fabrina, estás hablando en demasía. El terrícola es nuestro invitado, no nuestro interrogador —cortó el profesor Ohak. Dirigiéndose a Al Cirus, concreto—: Deberás de perder menos tiempo y ocuparte más en volver a la normalidad a la terrícola. Está programado que nuestros ingenieros se lleven esta nave de aquí para iniciar su desguace, nuestras leyes así lo exigen.

—Por lo que veo, tenéis leyes muy rígidas y hasta diría que carentes de sensibilidad.

—¿Qué es la sensibilidad? —preguntó sinceramente la doctora.

Al Cirus comprendió que en aquel mundo de civilización tan técnica, habían perdido todo sentimiento, humanismo y poesía. Carecían por tanto de piedad y misericordia.

Si en sus cálculos se determinaba que los dos terrícolas eran peligrosos o simplemente no tenían interés, serían eliminados automáticamente sin que nadie levantara una voz en su favor.

—Lo siento, profesor Ohak, no puedo correr riesgos. Para mí es más importante la vida de esta mujer terrícola que para vosotros.

—Comprendemos tu interés. Una princesa perdida tiene mucho valor.

—¿Princesa? —repitió perplejo.

—Sí. Sabemos que está capacitada para la reproducción.

—¿Cómo lo sabéis, si no ha salido de esa cápsula de hibernación?

—Nos lo dijo uno de los terrícolas que sacamos con vida de una de esas cápsulas.

—¿No decís que murió?

—Sí, pero vivió lo suficiente como para explicarnos algunas cosas sobre los terrícolas. Lástima que lo que vosotros llamáis corazón le fallara de forma deplorable.

Los sideriumenitas no parecían tener deseos de explicarle cosas sobre ellos mismos y Al Cirus reanudó su difícil tarea de deshibernar a

la mujer rubia.

Preocupado, se preguntó si no sería mejor no despertarla. ¿Qué les esperaba a ambos cuando lo hubiera conseguido? Sólo lo sabría cuando ello ocurriese y entonces posiblemente ya sería tarde para salvarse.

Pero ¿qué salvación podían hallar si estaban en aquel planeta desconocido? Al Cirus se acercó a una de las ventanas de la nave y miró a través de ella; a lo lejos, fuera de los límites del astródromo, se hallaba la vegetación. ¿Estaría allí su salvación o quizá les depararía mayores peligros? Sólo Dios lo sabía.

CAPÍTULO VI

Abandonado el sistema automático de deshibernación, el comandante Al Cirus, tras haber hecho todos los cálculos necesarios, puso el sistema en funcionamiento y las décimas de grados comenzaron a subir dentro de la cápsula y en el mismo cuerpo de la bella astronauta que yacía en un sueño de más de un siglo.

Los sideriumenitas, que observaban cuanto él hacía, le formularon varias preguntas técnicas que Al Cirus no tuvo reparo en responder; no quería ganar su desconfianza sino todo lo contrario.

—Esto durará varias horas, esperando que todo funcione bien.

A la nave subió un sideriumenita con un plato sacado de la propia nave terrestre, ya que ellos no tenían por no utilizarlos.

—Toma, puedes comer tu carne —le dijo Kaun entregándole el plato que a su vez había cogido de la mano del servidor que acababa de llegar.

Al Cirus observó el plato y su contenido, sin poder reprimir un gesto de reparo.

—La carne cruda no me gusta. Hace siglos que abandonamos esta forma de comerla.

—¿Cómo te gusta, entonces? —le preguntó Fabrina.

—Por lo menos, a la parrilla, ya que imagino que carecéis de todo condimento que pueda hacerla agradable. En fin, no os preocupéis, seguro que esta nave tiene un hornillo de resistencia eléctrica.

Mientras el proceso de deshibernación avanzaba por sí solo y muy lentamente para no dañar las células de la bella durmiente del espacio, Al Cirus buscó y halló un hornillo eléctrico.

Mediante una plancha, tostó la carne haciéndola más digestiva. Después, comenzó a comer con buen apetito, ya que el hambre acuciaba su estómago.

Para los sideriumenitas, ver comer a Al Cirus era todo un espectáculo. En especial, quien le observaba con mayor atención era la doctora Fabrina.

Al Cirus tuvo la impresión de que si había simpatizado con alguien, había sido precisamente con la doctora, si es que ella era capaz de tener sentimientos.

Era difícil descifrar algo en sus rostros, en sus grandes ojos, en aquellas bocas que aspiraban continuamente el aire, el oxígeno y aquella especie de plancton flotante en la atmósfera y que les alimentaba.

Quizá era que la doctora Fabrina, en el fondo, no dejaba de ser una hembra y la masculinidad del terrícola la atraía, aunque su corpulencia, la fuerza que se desprendía de todo él, su apetito y su poderosa dentadura, le produjeran una sensación difícil de describir.

Milenios atrás, aquellos seres posiblemente se parecían más a Al Cirus y a la bella hibernada. Quizá habían sufrido un proceso degenerativo, una mutación lenta, pero implacable en sus cuerpos para adaptarse mejor al medio en que vivían y probablemente perjudicado por el avance tecnológico, aunque ahora semejaban haber llegado a un punto estable.

Por lo visto, estaba controlado hasta el último ser de Siderium y se mantenía la cifra exacta, ni uno más ni uno menos para no perjudicarse en un sentido o en otro.

—¿Te ha gustado la carne, terrícola? —preguntó el profesor Ohak.

—No mucho, pero la necesidad de comer era lo primero y ahora, os rogaré algo.

—¿Y qué es? —preguntó Kaun.

—Que abandonéis la nave.

Todos le miraron expectantes. Kaun no parecía dispuesto a aceptar aquella petición.

—No te dejaremos solo, terrícola.

—¿Por qué no? Me han dicho que no soy su prisionero.

El profesor Ohak intervino preguntando:

—¿Para qué quieres quedarte solo, comandante Al Cirus?

—La mujer terrícola despertará pronto, no sé cuándo, pero ya no va a tardar en abrir los ojos y si os ve puede sufrir un fuerte desequilibrio mental que la perjudique, trastornándola. Pensad en su largo sueño de más de un siglo. Se alejó de un mundo y ahora despierta en otro completamente distinto por vuestro aspecto.

—¿Qué le pasa a nuestro aspecto físico, comandante Al Cirus?
—preguntó la doctora Fabrina.

—Supongo que, para vosotros, soy una especie de monstruo y a la inversa puede ocurrir lo mismo a los ojos de la astronauta terrícola. Ella puede creerse inmersa en una horrible pesadilla que le causara una lesión cerebral.

—Creo que el comandante Al Cirus tiene razón —opinó la doctora poniéndose de su lado.

Kaun y el profesor Ohak no parecían muy dispuestos a aceptar, pero al fin cedieron.

—Está bien, comandante Al Cirus, nos marcharemos de la nave. Estaremos en la cabina de mando. Cuando despierte la terrícola, explícale la situación y prepárala para que acepte nuestra presencia sin temor.

Al Cirus no se tragaba lo de ser invitado en Siderium. Le estaban pidiendo que despertara a la bella astronauta porque ellos habían fracasado al deshibernar a los otros dos viajeros de la nave capturada y temían que también muriera la mujer, por ello le toleraban y trataban casi con mimo.

Al Cirus, ya a solas y mientras se iba elevando la temperatura en el cuerpo de la astronauta, buscó entre el vestuario y sacó el traje de supervivencia que a juzgar por la talla correspondía a la bella astronauta, un traje de supervivencia que por el momento no utilizaría, pues la atmósfera de Siderium, si no óptima, sí era suficiente para respirar.

Descubrió entonces algo que le interesó. Eran tres cinturones con sendas pistolas "Láser", primitivas pero eficaces siempre que se disparase a una distancia inferior a las tres millas.

Parecía como si los sideriumenitas no hubieran dado importancia a aquellas pistolas, quizá ellos utilizaban otra clase de armas e ignoraban que aquéllas pudieran tener eficacia.

Puso uno de los cinturones junto al traje de supervivencia de la bella astronauta y el otro cinturón lo ajustó a su propia cintura. Trataría de no darle importancia, al hecho. En apariencia, ellos no portaban armas, sólo había visto armados a los guardias o soldados que custodiaban la escalinata de su parlamento, y lo que empleaban como armas era una especie de lanzas que Al Cirus supuso debían de tener más propiedades que la de simplemente herir con sus puntas metálicas.

Con la pistola “Láser” colgada de su cintura, se sintió mejor y trató de no pensar en ello para que los sideriumenitas no lo captasen.

Cada vez que pensaba, daba vueltas en su propia mente, cambiaba los pensamientos y elucubraba sobre absurdos para confundir a cualquiera de ellos que pudiera estar tratando de controlar totalmente su cerebro. Posiblemente, todo lo que sabían de la Tierra y de sus habitantes lo habían sacado de la mente de uno de los dos astronautas que allí faltaban.

Comprobó que la temperatura del cuerpo femenino oscilaba ya alrededor de los treinta grados Celsius y apagó las luces, dejando sólo una lámpara que iluminaba débilmente la sala de hibernación para no herir los ojos de la mujer cuando ésta levantara sus párpados para retornar al mundo, puesto que el funcionamiento de su corazón había dado resultados positivos y sus pulsaciones eran ya de veintisiete por minuto.

El momento de no estar solo como terrícola en aquel extraño planeta, se estaba acercando, ya que estar hibernada era prácticamente como hallarse muerta.

Se encontraba muy cerca de la pequeña ventanilla de cristal del cilindro de hibernación cuando la mujer abrió los ojos. Al Cirus suspiró, alejando de sí el temor al fracaso y sonrió.

La bella rubia tenía unos ojos grandes color azul claro. Sus labios estaban ya rojos y su piel había adquirido un color blanco rosado que aún la hacía más hermosa.

La mujer le miró sin comprender; su cerebro no estaba todavía a pleno rendimiento.

Al Cirus estaba ansioso porque despertara y los minutos transcurrieron en tensión para él. Al fin la temperatura del cuerpo de la hermosa astronauta se estabilizó en treinta grados cinco décimas y sus pulsaciones en sesenta por minuto.

Los ojos azul claro se fijaban ahora en el hombre con mucha atención, tratando de adivinar quién era a través de la pequeña mirilla. Había inquietud en su mirada.

Al fin, Al Cirus levantó la tapa del cilindro de hibernación y la fémina de larguísimos cabellos rubios se incorporó.

—Soy el comandante Al Cirus. ¿Cómo se encuentra?

La mujer, que había usado muy escasa y ligera ropa para la hibernación, se mostraba ahora más bella que cuando yacía dormida.

Su busto era alto, turgente y duro; su cintura estrecha y sus caderas armoniosamente moldeadas. Sus ojos expresaban desconcierto, casi miedo, ante el hombre de abundante barba, bigote y cabellos largos que estaba frente a ella a una distancia de apenas un palmo.

CAPÍTULO VII

—Soy la teniente Agora. ¿Dónde estoy?

Al suspiró sin disimulos. Tenía que decirle la verdad pero con cuidado. Parecía una mujer muy entera, equilibrada psicológicamente y debía de estar preparada para lo más extraño que pudiera sucederle, no en vano era astronauta.

—Estamos en un planeta desconocido que sus habitantes llaman Siderium.

—¿Es usted un sideriumenita?

—No, soy terrícola como usted, teniente Agora. Ambos hemos venido a parar aquí por distintos conductos. Hemos sido rescatados del espacio, usted con su nave y yo simplemente con mi equipo de supervivencia espacial. En estos instantes, en alguna parte del éter, no sé dónde, mi nave H-Explorer 1001 da vueltas en círculo mientras su tripulación se halla hibernada y así seguirá hasta el fin de los tiempos a menos que vaya a rescatarla, lo que considero muy difícil.

—¿Difícil? ¿Acaso estamos cautivos de los sideriumenitas?

—Ellos dicen que somos invitados. En fin, debo advertirle que captan el pensamiento y nos hablan utilizando la telepatía. En realidad no hablan por la boca y en estos instantes se hallan en la nave pero en otra estancia a petición mía.

—¿Por mi causa?

—Sí. He creído que sería mejor que viera a un terrícola antes que a un sideriumenita, podía sufrir un *shock*.

—¿Tan horribles son? —preguntó tragando saliva con dificultad.

—Supongo que, para ellos, los horribles somos nosotros. Simplemente son distintos, una vez tratados se acostumbra uno a verles.

—¿Son peligrosos?

—Por ahora no lo parecen, pero sus grandes ojos sin párpados inquietan. Diría que ponen nervioso cuando los siente uno mucho rato sobre sí.

—Usted, comandante, tampoco tiene un aspecto muy presentable. Por unos instantes creí que había traspasado la frontera del tiempo y me había ido a la prehistoria.

—¿Por qué?

—Su enorme cabello, bigote y barba... Parece un pitecántropo.

—Bueno, es que he pasado años hibernado y me ha crecido el cabello, lentamente, pero me ha crecido lo mismo que le ha sucedido a usted, teniente Agora. ¿Se ha fijado en su rubia cabellera?

—Dios mío, es cierto. El cabello me llega por las piernas, qué horror.

—Qué horror, no, es precioso. En cuanto a mí, le prometo que cuando pueda me rasuraré para estar más normal.

—Haga lo que le guste, comandante,

—Mi nombre es Al Cirus. Por cierto, usted ha hablado de la frontera del tiempo.

—¿Y?

—Pues sí la ha cruzado.

—¿Cómo? —exclamó asombrada.

—Su nave es como un siglo anterior a la mía.

—¿Un siglo? Pero ¿no estamos en el dos mil cuarenta y dos?

—No, mi querida teniente Agora. Estamos en el dos mil ciento cincuenta y cuatro, ya ve que hemos rebasado más de un siglo.

—Dios mío, es horrible —gimió—. Soy más que centenaria.

—Sí, es más de un siglo mayor que yo, pero eso no tiene importancia. Biológicamente es más joven que yo, sigue teniendo los veintidós o veintitrés que tenía cuando se durmió en la hibernación.

Agora suspiró.

—Qué alivio.

Quiso salir del cilindro de hibernación, pero tuvo dificultades musculares y Al Cirus la cogió por la cintura, elevándola como si fuera un cuerpo algodonado. La sacó del cilindro depositándola en una butaca.

Agora descubrió las otras dos cápsulas cilíndricas de hibernación que aparecían vacías.

—¿Han despertado bien ellos?

—¿Se refiere a sus compañeros de tripulación?

—Sí.

—Pues, no lo sé. Creo que los dos han muerto. Los sideriumenitas intentaron despertarles y como no conocían nuestros sistemas tecnológicos, sus vidas se les escaparon de entre las manos.

—Pobres... Creíamos que los tres despertaríamos al mismo tiempo, así estaba programado.

—Su nave sufrió una avería, quizá un meteorito rompió algunos sistemas electrónicos y una nave automática sideriumenita captó su presencia en el espacio. Cuando me tuvieron a mí en Siderium, consideraron que yo podría tener más éxito que ellos en su deshibernación.

—Y así ha sido, comandante Al Cirus. Le doy las gracias por ello.

—No me las dé todavía.

—¿Por qué?

—Veremos cómo salimos de este planeta. Los sideriumenitas parecen pacíficos, pero ignoro qué harán con nosotros. Somos extraños aquí y su sistema de vida es demasiado distinto al nuestro.

—Pero son muy avanzados, ¿verdad?

—Tecnológicamente más que nosotros y hablo de un siglo de ciencia más avanzada de la que usted conoce.

—Entonces nos mirarán como a seres primitivos.

—Puede ser. Lo que me da la impresión es de que carecen de lo que en la Tierra llamamos sentimientos.

—¿Acaso son autómatas?

—No en el sentido estricto de la palabra, pero sí no deben sentir amor ni piedad.

—Y si compusiéramos las averías de esta nave, ¿no podríamos retornar al espacio y volver a la Tierra?

—Es una posibilidad, pero no creo que nos la dejen emplear. Por de pronto, cuando piense o se dirija a mí, mida sus palabras o sus ideas. No diga ni piense nada que pueda molestarles o signifique algún plan que tengamos nosotros.

—Entonces, ¿cómo haremos para comunicarnos?

—Actuaremos con normalidad, pero cuando se trate de algo que no interese que ellos lo sepan, esperaremos a estar a solas.

—Pero la telepatía no conoce distancias.

—Por lo visto, la de ellos sí tiene limitaciones. Quizá nuestro cerebro sea distinto al suyo en esto. Otra forma de confundirlos es pensar mucho en cosas heterogéneas que no tengan ilación entre sí.

—Dé acuerdo. ¿Cuándo los veré?

—Están aguardando a que yo los llame. Si está preparada para verlos...

—Lo estoy. Ya me ha prevenido y creo que por muy extraños que sean soportaré su visión, máxime sabiendo que no van a atacarme.

—No parecen belicosos en el sentido estricto de la palabra. Ya le he dicho que no comen ni muerden.

Al Cirus tomó las manos de la teniente Agora entre las suyas y las oprimió dándole ánimos y confianza. La mujer iba a necesitar alguien en quien confiar.

Por de pronto se sentía muy débil. El sistema arcaico de hibernación carecía del restaurador celular que evitaba dolores y aceleraba las funciones más básicas a nivel celular.

—Voy a llamarlos. Estarán ansiosos por verla fuera del cilindro de hibernación.

—Menos mal que aguardaron su llegada. Por cierto, ¿cómo le trajeron hasta Siderium?

—Al parecer, su técnica también ha avanzado en el tiempo que

ha tardado en llegar esta nave a Siderium desde que fue enganchada en el espacio. Yo quedé fuera de mi nave Explorer con la puerta bloqueada, sin poder regresar al interior tras reparar una avería causada por un pequeño meteorito. Ellos, en una nave automática, me capturaron y transformaron en energía. De esta forma he viajado a través del espacio y puedo asegurarle que no se siente nada especial viajando a trescientos mil kilómetros por segundo porque no se sabe que se viaja, es como estar muerto.

—Todo es emocionante, aunque parece una pesadilla. Despierto y me dicen que mis compañeros han muerto y que estoy en otro planeta cuyos habitantes son muy distintos a nosotros. Por si faltara poco, me despierta un hombre barbudo que es un siglo más joven que yo y que, con perdón, parece más mayor.

—Así es el espacio, rompe la barrera del tiempo y lo más insólito puede producirse. No los mires con recelo, demuéstales simpatía, pero piensa que estás débil, que te duele todo.

—¿Quieres que saquen esa opinión de mí?

—Sí. De este modo hallaremos tiempo para saber qué es lo que piensan hacer con nosotros.

Al Cirus se alejó hacia la estancia contigua. Allí estaban los sideriumenitas moviendo sus bocas sin hacer ruido, mirándose entre sí.

Al Cirus captó imágenes y conceptos y dedujo que estaban cambiando impresiones entre sí. De concentrarse más, posiblemente habría logrado entender lo que decían, pero en aquel instante todos captaron su presencia y volvieron sus enormes ojos hacia él.

—La teniente Agora, mi compañera terrícola, ya está despierta, aunque se encuentra muy débil y se deberán extremar los cuidados con ella.

Los sideriumenitas nada respondieron. Se levantaron de sus improvisados asientos y se encaminaron hacia la estancia de hibernación que forzosamente debían de tener las naves terrestres para los largos viajes espaciales cuya duración era forzosamente superior a la vida normal de un ser terrestre.

La bella y rubia teniente Agora vio aparecer ante sí por primera vez a los sideriumenitas, con sus delgadas anatomías, sus largos brazos de dos codos y dedos finísimos, sus rostros de enormes ojos ovalados que casi ocupaban toda su faz y, entre ellos, las bocas

circulares en constante movimiento.

Tuvo una sensación de infinita repugnancia y quiso retroceder, mas el respaldo de la butaca anatómica se lo impidió. No podía huir, se hallaba en el mundo de Siderium, pero allí también estaba Al Cyrus con su larga barba y bigote, con sus abundantísimos cabellos cobrizos. Su presencia le impidió que cayera en el terror y luego en la locura.

CAPÍTULO VIII

A la teniente Agora le daba la impresión de hallarse frente a insectos gigantes con aspecto humanoide. Al Cirus le había explicado cuál era su sistema de alimentación y cómo vivían por lo poco que él conocía, ya que ellos eran parcos en dar información.

Se había quedado a solas con la doctora Fabrina, la cual le había sido presentada por el propio Cirus. Habían estado cambiando impresiones, pero la rubia terrícola estaba convencida de que más que un cambio de impresiones, aquello era un interrogatorio en regla.

La doctora Fabrina dominaba mucho mejor que Agora la forma telepática de comunicarse y la acorralaba con sus preguntas; no había modo de engañarla, pues ella lo detectaba.

Agora empleaba el truco que le indicara Al Cirus:

Pensaba en cosas diversas y confundía sus propias respuestas con imágenes variadas: vestidos, animales, vegetales terrestres. Asimismo, exteriorizaba la debilidad que sentía y acusaba los dolores musculares y nerviosos que Al Cirus ya le había advertido que padecería hasta que recuperara su completo estado normal tras la deshibernización.

Cuando de nuevo apareció ante ella el comandante de la nave H-Explorar 1001, casi no le reconoció. El hombre se había rasurado el rostro y cortado los cabellos hasta una medida normal.

Sus ojos femeninos no pudieron disimular un destello de admiración hacia el único hombre de su especie que había en aquel desconocido planeta.

—¡Qué distinto estás! —exclamó.

—¿Te parezco más horrible que antes?

—Al contrario. Antes, con todo ese cabello que llevabas, parecías..., ¿cómo diría...?

—¿Más envejecido...?

—Sí, eso es.

—Pues tú no cortes tu cabellera, estás muy hermosa con ella.

Fabrina les miraba a ambos y Agora se refirió a ella indicando:

—A la doctora le parece muy extraño nuestro cabello.

—Pero muy hermoso —agregó la propia Fabrina—. Nuestros antepasados también tenían cabello, pero hace ya milenios que lo perdimos en su totalidad. No hay nadie en Siderium que tenga un solo cabello a excepción de vosotros dos.

—El cabello, después de todo, no sirve para nada útil —comentó Al Cirus.

Con su gran sensibilidad femenina, Agora captó que algo se despertaba en la mente de aquella mujer sideriumenita, algo que podía estar dormido y que ni ella misma sabía que podía llegar a sentir.

Fabrina tocaba los dorados cabellos y con sus enormes ojos sin párpados escrutaba los pechos de Agora, apenas cubiertos por la seda sintética que los sujetaba.

Era como si descubriera su frustración de hembra, ya que aún en la diferencia de especies y anatomías, destacaba la belleza de Agora. El capitán Al Cirus la miraba de modo distinto a cómo podían observarla a ella, Ohak o Kaun.

En Agora producían un evidente nerviosismo aquellos inquisitivos y enormes ojos de forma ovoide con el arco de la circunferencia menor hacia abajo, y la superior en lo alto, asentándose sobre ellos la abultada frente sin cejas.

Al Cirus lo notó y quiso ayudarla apartándola de la atención de la doctora.

—Kaun me ha dicho que tendremos que ir a visitar a la reina, pero, antes, será mejor que nos alimentemos un poco. La visita puede ser larga.

Agora se levantó rápidamente de su butaca y se acercó a él pese a que le dolía todo el cuerpo.

Al Cirus había preparado comida para los dos en la mesa que la nave tenía para tal uso.

—Veo comida liofilizada, pero también hay carne.

—Sí, la he tostado en el hornillo de a bordo. Como no hay sal, está un poco sosa.

Agora tomó una porción y antes de llevársela a la boca, preguntó:

—¿De qué animal es?

—Lo ignoro, cualquiera sabe la clase de animales que hay en este planeta. Ellos no me lo han dicho, sin embargo, no creo que sea importante el tipo de animal sacrificado para alimentarnos.

—Sí, es cierto.

Comieron y después Kaun, con tres acompañantes, el propio profesor Ohak y la doctora Fabrina, formaban la escolta que habría de acompañarles a la cámara real.

Abandonaron la nave terrestre.

Al Cirus llevaba consigo la pistola “Láser” sin que le hubieran hecho objeción alguna; quizá ni se les habla ocurrido que aquello que Al Cirus portaba al cinto era un arma y peligrosa, ya que tenían otra concepción distinta de las armas.

Con un ascensor descendieron a las entrañas del planeta Siderium y allí, en una de las terminales de monorraíles subsolares, subieron a uno de dichos vehículos que se puso en marcha tras serle programada la ruta.

Pese a la gran velocidad que el monorraíl desarrollaba por aquellos túneles, apenas se notaban vibraciones.

Al Cirus suponía una vastísima red de túneles que en ningún momento se cruzaban, pero sí se pasaba por estaciones y según la ruta que se llevase, pasaba de un raíl a otro, mas no existía peligro de choque ni descarrilamiento alguno.

Tras algo más de una hora de viaje, que podían significar muchas millas, arribaron a una terminal donde había otros monorraíles estacionados. Allí había más abundancia de guerreros con sus extrañas lanzas.

—Seguidnos —ordenó Kaun.

Aquello era una especie de palacio ubicado en el subsuelo.

Cruzaron una entrada custodiada y en la cámara siguiente pudieron observar a un sideriumenita escoltado por otros guerreros.

De pronto, el sideriumenita echó a correr tratando de alcanzar la puerta. El propio Al Cirus se echó a un lado para dejarle pasar; sin saber por qué, sintió simpatía hacia el ser que intentaba huir.

Las lanzas se pusieron horizontales y de ellas emanaron unos extraños rayos azulados que convergieron en el fugitivo. Este cayó de bruces, revolcándose en medio de intensos dolores.

En aquel instante comprendieron lo que significaban aquellas lanzas de las que brotaban rayos que causaban la paralización y grandes dolores en sus víctimas.

Uno de los sideriumenitas encadenó al preso y luego se lo llevaron arrastrando hacia el exterior. Al Cirus preguntó:

—¿Qué ha hecho ese sideriumenita?

Kaun respondió:

—Es un rebelde, un despreciable rebelde que ahora será desintegrado, lentamente.

—¿Lentamente? —inquirió Agora.

—Sí. La desintegración puede realizarse casi instantánea, de forma que el reo no se entera de su muerte, y también puede ser una desintegración lenta, que dura horas y entonces es muy dolorosa.

—Creo que es demasiado salvaje e impropio de nuestro pueblo —expresó Fabrina sin ambages.

Al Cirus captó que la doctora Fabrina tenía ciertas simpatías por el ser que sería ejecutado.

—No creí que pudieran tener rebeldes —opinó Al Cirus—. Les suponía un pueblo más unido, más fuerte.

—Somos fuertes —replicó Kaun—, pero siempre surgen rebeldes que exigen una inicua, una estúpida libertad cuando nuestro sistema es el óptimo para subsistir.

—Los extremistas que no admiten el sistema impuesto por nuestro parlamento y regido por nuestra reina, deben de ser exterminados, es la ley —sentenció el profesor Ohak.

—La profesora Fabrina tiene razón al opinar que la muerte con

dolor no es civilizada —observó la teniente Agora.

—Sigamos —cortó Kaun—. La reina espera.

Pasaron a la siguiente cámara. Allí había más comodidad.

El ambiente era cien por cien húmedo y aquella especie de plancton flotante era tan intenso que los terrícolas creyeron caminar entre velos misteriosos, entre brumas que les hacían dudar si vivían una pesadilla o una angustiosa realidad.

Entre aquel turbio ambiente que les ahogaba y que, sin embargo, tanto parecía beneficiar a los sideriumenitas por tener mayor alimento en suspensión, había como una docena de sideriumenitas ostensiblemente más obesos que el resto de sus congéneres.

Al Cirus los observó con mucha atención y el profesor Ohak le explicó:

—Son los príncipes, lo que los terrícolas llamaríais sementales.

La teniente Agora preguntó:

—¿Todos ellos tienen derecho a visitar a la reina?

—Exactamente —puntualizó la doctora Fabrina—. Ellos son los escogidos para regular y perpetuar nuestra especie.

—¿Debo de entender que los demás seres masculinos de Siderium son estériles? —preguntó Al Cirus.

Kaun respondió a la singular interrogante:

—Sí. Es lo lógico, somos distintos a los terrícolas. Un día aprendimos de los insectos más inteligentes su sistema de reproducción comunitaria y desde entonces nuestro sistema de reproducción es perfecto. Hemos regulado totalmente nuestra demografía y se han evitado primitivas peleas causadas por el sexo. Ahora, nuestro pueblo vive feliz.

—¿Feliz, y habéis tenido que ejecutar a un hombre que no piensa lo mismo? —inquirió Al Cirus con ostensible sarcasmo.

—Siempre habrá rebeldes, siempre nacerán hijos perturbados, pero cuando son descubiertos y capturados, son destruidos y otro sideriumenita nace para ocupar su lugar. Es lógico que haya un tanto por ciento de sideriumenitas que nazcan cojos, ciegos, sordos o

rebeldes y todos son destruidos; los primeros de forma rápida y los últimos con lentitud, pues ellos sí son dañinos.

—¿De esa forma tan inhumana pretendéis ser un pueblo perfecto? —preguntó la teniente Agora, horrorizada.

—¿Inhumano, qué concepto quiere expresar esa palabra, teniente Agora? —preguntó Kaun altivo.

Mientras intercambiaban de forma telepática aquel diálogo polémico, los sideriumenitas príncipes o sementales (que allí venía a significar lo mismo) se les acercaron para observarles mejor. Era fácil descubrir diferencias entre ellos y los demás, pues sus órganos reproductores resultaban muy abultados.

Siguieron adelante entre el plancton en suspensión; aquella materia orgánica y microscópica semejaba hacerse aún más abundante.

Agora, cuyos cabellos le llegaban hasta sus bien torneados muslos, hallaba dificultad en respirar y su cuerpo estaba empapado por el sudor. Para un terrícola, vivir allí parecía imposible.

—¿Por qué hay tanta materia orgánica en suspensión? —inquirió la mujer.

El profesor Ohak respondió:

—Es necesaria para sobrealimentar a los que viven en el palacio.

Diez guerreros, con sus lanzas de rayos, custodiaban la gran puerta de oro, pues no cabía duda de que todo aquello era oro y pesaría toneladas.

Al adelantarse Kaun, la doble puerta fue abierta y ante ellos quedó una amplia cámara inundada de una luz difusa y que parecía verdosa, aunque en realidad tomaba este color debido a La gran cantidad de plancton en suspensión.

—Esta es la cámara real —advirtió Fabrina.

Aquella sala era grande y de bóveda alta, muy pulida y reforzada con brillantes nervios metálicos que apenas se podían ver debido a que aquella atmósfera sobrecargada perturbaba la visión normal de los terrícolas.

En el centro de la cámara había una amplia tarima a la que se

subía por cuatro largos peldaños en todo su derredor y encima de ella había algo grande, muy grande, tan monstruoso que casi ahogó de pavor a la teniente Agora que, para no desvanecerse, se agarró al fuerte brazo del comandante Al Cirus.

CAPÍTULO IX

La cabeza de la reina era algo más grande de lo normal entre los sideriumenitas y la oscilaba a modo de vaivén a derecha e izquierda mientras sus grandes ojos escrutaban a sus visitantes.

Su boca, como cuatro veces mayor que la de sus congéneres, se movía continuamente devorando aquel aire rico en materia orgánica que la alimentaba. Luego seguía un torso amplio, como siete u ocho veces mayor que el de Kaun, pero que al lado de su abdomen resultaba francamente ridículo, infinitesimal.

Aquel vientre era horrible, grandioso, repugnante y viscoso hasta tal punto que si bien conservaba sus manos, sus piernas habían quedado atrofiadas desapareciendo dentro de la propia masa abdominal.

El pensamiento de la reina era lento y como cargado, bronco; así les pareció a los terrícolas cuando se comunicó con ellos.

—No os he dado la bienvenida a Siderium, terrícolas. Te felicito por conseguir salvar a la princesa terrícola, Al Cyrus.

—Todavía está muy débil, Majestad. Debería reponerse afuera, en la superficie, este aire nos perjudica, en especial a la teniente Agora que se halla en período de recuperación.

—Está bien, seréis tratados con gran cuidado para que ambos os recuperéis. Sois de gran interés para mi pueblo.

—¿De gran interés, por qué, Majestad? —preguntó Agora preocupada.

—Tú tendrás el gran honor de convertirte en reina después de princesa.

Al Cyrus comenzó a intuir que lo que iba a decir era algo que no agradaría a Agora y que podía resultar terrorífico.

—Majestad, si os parece bien, les comunicaremos su destino en ocasión futura, cuando conozcan mejor nuestro reino y se hallen más repuestos —propuso el profesor Ohak.

Al Cirus, que intuía lo que iban a decir, agradeció la intervención, pues temía por Agora, pero ésta exigió:

—Quiero saber ahora cuál es mi destino.

Moviendo su horrible cabeza en el eterno vaivén, absorbiendo el para ellos nutritivo aire, la reina de Siderium respondió:

—Serás complacida. Fíjate en ellas.

Señaló con su mano una cámara a su derecha donde había sideriumenitas hembras entre almohadones. Habrían como media docena y se mostraban muy curiosas.

—¿Quiénes son? —preguntó Al Cirus.

—Son las princesas, mis sucesoras. Hay seis. Cuando yo muera o mi fertilidad disminuya, una de ellas será elegida por el parlamento y nombrada reina. Con gran honor por su parte, pasará a ocupar esta cámara real donde yo estoy ahora y el profesor Ohak, con la ceremonia habitual, la intervendrá para la gran fecundidad. Después se dará paso al más viril de los príncipes y comenzará a dar a luz los hijos de Siderium que hagan falta. Una de sus hijas será escogida para ocupar el puesto en la cámara de princesas y de este modo continuarán siendo seis. Nuestra especie quedará siempre preparada para la reproducción y jamás nos extinguiremos.

Mientras, Agora se angustiaba con todo aquello que le estaba diciendo, pues intuía que le estaban preparando un destino tan repugnante como horrible. Al Cirus preguntó:

—¿Y la cámara de la izquierda, Majestad?

—Ahí están las matronas y las doctoras de la cámara real. Ellas reciben entre sus manos a cada hijo que yo doy a luz y que suele ser uno o dos en el tiempo que vosotros llamáis día y lo amamantan. Ellas están preparadas por las doctoras para dar la leche necesaria para que los hijos de Siderium se alimenten en el primer período de su vida. Luego ya pasan a respirar el riquísimo aire de la cámara real y su estómago desaparece mientras las doctoras esterilizan a hembras y varones. Sólo los escogidos y cuando corresponde, pasan a ser príncipes y princesas. También comprueban sus mentes y son marcados los destinos para obreros, guerreros o sabios.

—Por lo que veo y ya desde el nacimiento, hacen una rigurosa selección física.

—Nuestro pueblo ha encontrado el sistema óptimo para

mantener el equilibrio, terrícolas. Quizá vosotros seáis nuestro futuro de grandeza, de dominio. Sí, vosotros daréis alas al pueblo de Siderium.

—¡Yo no quiero ser reina! —replicó la teniente Agora con energía, no sólo pensando, sino de viva voz, la cual pudieron escuchar los sideriumenitas dentro de aquel ambiente en el que sólo se oían las angustiosas respiraciones de aquellos seres que se alimentaban como algunos tipos de peces en el planeta Tierra.

Al Cirus pensó que en aquel instante podía atacar a la reina, pero vigilado como estaba por los guerreros con sus lanzas paralizantes, quizá no conseguiría hacer tanto daño como quisiera. Por otra parte, ellos no tendrían salvación y se dijo que habría tiempo siempre que Agora no se volviera loca ante el porvenir que le estaban pintando.

—Princesa terrícola, será para ti un gran honor ser fecundada por tu príncipe y reproducir tu especie.

—¡Aquí, en Siderium, no!

—¡Nadie puede objetar a la reina, es mi derecho como madre de todo el planeta y tú obedecerás!

—¿Y si no quiero, me desintegrarán lentamente como al rebelde que han sacado de aquí arrastrando?

—No. Tú eres princesa y serás reina de la especie terrícola aquí en Siderium, quieras o no. En ti no hay posibilidades de rebeldía. Cuídate, pórtate bien y serás tratada como la reina que vas a ser. De lo contrario, te pondré en manos de mis profesores y doctores y ellos se encargarán de que seas más dócil.

La reina terrestre quiso replicar, pero Al Cirus la contuvo cogiéndola por el brazo y pidiéndole:

—Calma, Agora, calma, no escojas el peor camino.

—¡No podemos consentir que me transformen en un horripilante monstruo, no puede ser!

Se agarró al brazo del hombre y escondió el rostro contra su pecho, estallando en un violento sollozo.

—Majestad, ya os he dicho que no está recuperada. Dejad que yo cuide de ella.

—Al Cirus, tú sí comprendes cuál es vuestro alto destino. Tú la has devuelto a la vida y tú la cuidarás. Mi pueblo verá que nada os falte y cualquiera de mis hijos que cometa una torpeza con vosotros será ejecutado inmediatamente. Quiero que comprendáis el gran valor que tenéis para nuestro pueblo.

—Lo entendemos, Majestad, pero dadnos tiempo para recuperarnos. Estamos débiles, hemos viajado durante años en largo sueño, mi princesa, durante más de un siglo. No es el momento propicio para convertirla en la reina que deseáis.

—Eres sensato Al Cirus. Mis doctores me han comunicado que además eres fuerte y perfecto, el mejor príncipe terrícola que pudiéramos hallar y que conseguirás que cada óvulo de los diez mil que contienen los ovarios de la princesa sean fecundados y no desperdiciados como en la Tierra, donde cada hembra tiene de uno a diez hijos como máximo a lo largo de su vida.

Agora sintió un profundo escalofrío a lo largo de todo su cuerpo y deseó morir en aquel instante. Después de lo que acababa de oír, no quería volver su rostro para ver de nuevo a aquel gigantesco monstruo en el que ya se imaginaba convertida ella.

Una doctora y dos matronas salieron de la cámara que había a la izquierda y se acercaron al abultado y gelatinoso abdomen.

El profesor Ohak dijo solemne:

—Debemos retirarnos. Un sideriumenita ha muerto en alguna parte de nuestro planeta y en estos instantes, otro va a nacer, equilibrándose así nuestra especie.

De pronto, los ojos de la reina se enturbiaron y ya no se comunicó más con ellos. El vaivén de su cabeza se hizo más rápido, aspirando el aire orgánico con mayor fruición.

CAPÍTULO X

Un ascensor les subió a la superficie del planeta, quedando en una edificación esférica de color blanco, con grandes ventanales y una terraza circular a modo de anillo.

Pudieron ver el cielo verdoso y la espesa vegetación, también verde, pero de una tonalidad mucho menos oscura.

La teniente Agora no pronunciaba palabra. Su rostro grave no podía ocultar que estaba en contra del destino que le deparaban los habitantes de Siderium.

—Aquí el aire es más respirable y no parece una sauna —observó el comandante Al Cirus.

—Para nosotros, este aire es menos rico y nutritivo que el que tenemos en nuestro mundo subsolar, que es mucho más concentrado.

—En cambio, para nosotros es mucho más respirable éste. ¿No es cierto, Agora?

—Hum.

La doctora Fabrina la miró. Agora parecía ausente, pero no deseaba separarse de Al Cirus, su único semejante en aquel mundo extraño en el que había despertado. Trataba de convencerse a sí misma diciéndose que sólo era una pesadilla y, sin embargo, era una amarga realidad.

—La princesa terrícola deberá saborear cuanto pueda esto que ahora ve, porque cuando sea transformada en reina por nuestros doctores y profesores, debido a su estado, ya no podrá abandonar La cámara real.

—¡No, jamás, jamás!

Agora hizo intención de tirarse al vacío desde lo alto de la balaustrada que rodeaba la terraza circular, pero Al Cirus la contuvo cogiéndola.

—Calma, Agora, calma. ¿Es que pretendes que te sujeten y ya

no tengas escapatoria?

La doctora Fabrina y Kaun se les acercaron. El profesor Ohak le observó a distancia.

—¿Qué le pasa? —preguntó la doctora Fabrina.

—Necesita tranquilidad. No es fácil adaptarse a un destino con el que no se contaba. Nos iría bien pasear por el bosque, será como vivir un poco en nuestro planeta de origen.

—Después, ahora deberéis alimentaros —dijo la doctora Fabrina—. Vuestra salud ha de estar en perfectas condiciones y si la princesa trata de quitarse la vida nuevamente, se lo impediremos por su bien.

—¿Qué haréis, encadenarme?

—No, más simple. Quedarás dentro de una cámara de cristal donde serás alimentada hasta que llegue el momento de convertirte en reina.

—Al, Al, no dejes que cometan tan gran monstruosidad conmigo, mátame antes —gimió Agora—. ¿Por qué me despertarías del sueño secular?

—Ten calma, Agora, todo irá bien —prometió Al Cyrus sin especificar el qué para no provocar la suspicacia de los sideriumenitas. Su plan era inspirarles confianza y tratar de huir, aunque no sabía dónde.

—Parece que vuestro sol se mantiene fijo en un solo punto —observó Al Cyrus desviando el tema de la conversación.

—Siderium no gira como el planeta Tierra.

—Ya, sólo tiene un movimiento de libación.

—Sí, y muy leve —aceptó Kaum.

—Entonces, la cara opuesta del planeta siempre está en las sombras.

—Así es, en las sombras y en el eterno frío, aunque en medio de mares de hielo hay volcanes en erupción.

—Debe de ser un espectáculo magnífico ver la erupción de un volcán de un océano de hielo.

—Lo es, terrícola, pero vamos muy poco por el mundo de las sombras y el frío eterno, el aire no nos lo permite. Allí está exento de nuestro alimento en suspensión y moriríamos de inanición.

—¿No podéis trasladar la materia orgánica para irla mezclando con el aire?

—No en la cantidad necesaria —explicó la doctora Fabrina contemplando la gran espesura de aquella especie de Amazonia donde lo vegetal abundaba y la humedad era altísima. El calor resultaba asfixiante, así como la materia en suspensión.

—Nuestro alimento, mezclado con el aire, tiene un tiempo de vida. Luego se renueva por sí mismo ya que es bisexual, pero cuando se le acondiciona para envasarlo, muere a las pocas horas y deja de ser alimenticio para nosotros —aclaró Kaun.

—Pero, en la cámara real había más alimento en suspensión de lo normal.

—Sí, se le echan chorros de aire y unos filtros impiden que pase el plancton mientras sí escapa el aire, lo que aumenta el tanto por ciento de materia orgánica alimenticia en suspensión. Ello es necesario porque los príncipes, las princesas, las matronas y muy en especial la reina, precisan sobrealimentación, lo mismo que necesitará la princesa terrícola cuando sea reina.

La rubia Agora quiso responder como un seco latigazo, pero una presión en su brazo por parte de Al Cirus la contuvo. Fue el hombre quien objetó:

—Nosotros no nos alimentamos con esa materia orgánica, nuestros cuerpos no están preparados para ello.

—Lo sabemos, por ello saldremos al bosque y escogeremos las plantas, frutas, flores e insectos que os puedan servir como alimento. Todo ello será seleccionado escrupulosamente y estudiado a fondo para que posteriormente pueda ser recolectado en grandes cantidades. El alimento no os faltará.

—Plantas, frutas, flores, insectos, pero ¿y los animales? ¿Es que acaso los veneráis, considerándolos sagrados?

A la pregunta de Al Cirus, el profesor Ohak respondió mientras se acercaba:

—Los animales murieron hace muchos siglos en Siderium. Ya no quedan mamíferos ni aves.

—¿Que no quedan mamíferos ni aves, acaso los dejaron morir todos? —preguntó Agora.

—Fue una especie de epidemia bacteriológica, hasta nuestro pueblo estuvo a punto de desaparecer, pero logramos salvarnos, aunque los animales superiores desaparecieron todos de la faz de Siderium.

Al Cirus, con el ceño fruncido, preguntó:

—Entonces, la carne que me han dado, ¿de dónde la han sacado?

—Necesitáis proteínas y como conservamos los cadáveres de los otros dos terrícolas, pensamos que serían vuestro alimento óptimo, ya que sois primitivos y utilizáis vuestras fuertes dentaduras para desgarrar.

Al escuchar que habían comido carne humana, Agora se tambaleó; cada vez se veía más impotente para soportar aquella situación.

—Para nosotros es algo monstruoso comer la carne de un semejante —replicó Al Cirus.

—No creímos molestaros con ello —intervino Kaun conciliador.

—Entonces, ¿conserváis los cadáveres de mis compañeros? —inquirió Agora haciendo un esfuerzo por mantenerse serena y no empezar a gritar.

—Sí —asintió Kaun.

La doctora Fabrina, más diplomática, explicó:

—Están siendo sometidos a un profundo estudio para conocer mejor vuestra biología, vuestro metabolismo, todo vuestro ser, en especial vuestros cráneos y cerebros. Nadie pensó que la carne muscular, ya estudiada y sin más misterios que ofrecernos, podía perjudicaros, sino todo lo contrario.

—¡Pues es horrible lo que han hecho, horrible! —espetó Agora.

—Será mejor que cambiemos de tema —advirtió Kaun queriendo controlar la situación.

Los dos terrícolas dependían de él y si les sucedía algo, él sería

el máximo responsable y pagaría por ello.

—Mis hombres han traído alimentos de vuestra nave y podréis comer ahora. El profesor Ohak asegura que los espacios largos entre cada alimentación son perjudiciales para vosotros y las órdenes de la reina son que recuperéis vuestra salud al máximo.

—Ya lo has oído, Agora, debemos comer. A ellos les interesa que estemos bien nutridos, como en nuestro planeta.

Dándole ánimos a Agora, dejaron atrás aquel magnífico espectáculo de la lujuriente selva en la que sólo habitan insectos, pues los animales superiores habían desaparecido de la faz de Siderium.

Regresaron al interior de la casa, si es que así podía llamarse aquella esfera unida a las galerías subsolares mediante un cilindro por el que subía un ascensor.

En el suelo había dos almohadones y en unas bandejas, alimentos de la nave terrestre. Pero, tanto Agora como Al Cirus ya no sentían apetito; se acordaban de los seres muertos cuya carne habían ingerido.

CAPÍTULO XI

Después de tomar el alimento, Al Cirus y la teniente Agora se sintieron con una fuerte pesadez y un sueño irresistible terminó dominándolos. Ambos quedaron tendidos en una especie de divanes bajo las atentas y celosas miradas de aquellos enormes ojos sin párpados.

Al Cirus ignoraba cuánto tiempo había permanecido durmiendo cuando su mente comenzó a captar un diálogo, un diálogo que no tardó en comprender se cruzaba entre Kaun y el profesor Ohak.

—Son nuestra posibilidad de salir al espacio exterior —dijo Kaun, el ser bajo cuya custodia se hallaban Cirus y Agora.

—Con ellos conquistaremos el espacio. Al fin habrá terminado nuestra imposibilidad de viajar a otros planetas, a otros mundos.

—Depender de este alimento en suspensión en la atmósfera de Siderium nos ha impedido dominar ya el universo. Nuestra civilización está mucho más avanzada que la terrícola —expuso Kaun.

—Todo cambiará cuando tengamos más y más terrícolas. Los produciremos por millares.

—Parece que la terrícola Agora es una buena hembra.

—Lo es. Ella puede producir terrícolas por millares cuando esté intervenida y preparada al igual que nuestra reina con las técnicas especiales que sólo nosotros conocemos para la reproducción multitudinaria por una sola hembra. Entonces, escogeremos a otras princesas, seleccionadas entre sus hijas para que con otros terrícolas varones, también tratados al respecto, produzcan más y más, así hasta cuando queramos.

—Parece que la princesa terrícola se resiste a ser convertida en reina —observó Kaun.

—No podrá evitarlo, lo será en contra de su voluntad. Ahora, lo que importa es que se restablezca totalmente. Después, si hace falta, le anularemos la voluntad mediante impactos electroatómicos en su cerebro y será totalmente sumisa. Al fin y al cabo, ella no ha de tener

voluntad y criterio como nuestra reina. Con que dé a luz todos los terrícolas que se le exijan, es suficiente.

Kaun debía de caminar por la estancia en la que, aparentemente, Al Cirus dormía.

Para no ser descubierto, Cirus evitaba pensar y sólo escuchaba, autocontrolándose para no formular razonamientos mentales que ellos pudieran captar lo mismo que él los estaba captando a ellos.

—¿Y estáis seguros de que sus cerebros podrán ser extirpados y en su lugar colocados los nuestros?

—Sí, ya lo hemos comprobado científicamente. Hemos tenido dos cerebros para estudiarlos a fondo y se ha llegado a la conclusión de que los cerebros terrícolas deben ser extirpados en la infancia. Después, en sus cuerpos capaces de ser hibernados y de utilizar un sistema de alimentación perfecto, que a nosotros nos está vedado, colocaremos los cerebros de nuestros niños y en el crecimiento habrá un acoplamiento perfecto entre el cuerpo terrícola y nuestras mentes. Las bóvedas craneanas son iguales y la parte del cerebro que regula hormonas, órganos y glándulas, no será tocada, sólo la parte que rige la voluntad y la inteligencia.

—¿Y total? —preguntó Kaun.

—Puede que un cincuenta por ciento tengan que ser desechados por fallos en los trasplantes u otras anomalías, pero el resto será suficiente. Ya no tendremos que enviar naves automáticas al espacio, podremos marchar, aunque sea dentro de cuerpos terrícolas, pero seremos nosotros, nuestra inteligencia, nuestra civilización, y en nombre de Siderium conquistaremos el universo. Uno de los primeros lugares adonde deberemos viajar será al propio planeta Tierra.

—Conozco los proyectos. Sí, la Tierra será el primer planeta que destruiremos. Los terrícolas pueden resultar altamente peligrosos.

—Los terrícolas sólo serán para nosotros cuerpos que nos faciliten los viajes y la conquista del universo, nada más.

—Creo que ellos ya lo están intuyendo y se rebelan a convertirse en animales de granja, en cuerpos para ser utilizados como podríamos usar sus pieles para vestirnos.

—Algo así, pero todo no será tan fácil. Hay que estudiar más a fondo su sistema alimenticio.

—Luego saldremos a la jungla para escoger especies

alimenticias que más tarde serán cultivadas para que no les falte comida.

—Pero, al parecer, la carne les es más indispensable —objetó el profesor Ohak.

—Si nos hubiera quedado algún tipo de animales para poderlos reproducir y a través de ellos poder darles carne, la suficiente para su alimentación, todo habría ido mejor.

—El parlamento ha aprobado que ningún sideriumenita más sea desintegrado, aunque sea por ejecución, defecto o rebeldía.

—¿Les daremos nuestro propio cuerpo a ellos? —preguntó Kaun.

—Necesitan proteínas y habrá que dárselas. Luego, cuando la terrícola sea reina, todos los hijos defectuosos o que no hayan resistido el trasplante, serán cebados con sistemas rápidos para que sirvan de alimento a los demás. Se podrán hacer subreinas que den a luz hijos especiales para alimentación.

—Un método inteligente para que a los nuevos sideriumenitas con cuerpo de terrícolas no les falte carne con que nutrirse y desarrollarse.

Al Cirus ya no podía soportar tanto horror. Si aquéllos eran los planes que tenían con respecto a Agora y él mismo, quizá era mejor morir, pero no suicidándose como había intentado hacer la mujer, sino luchando.

No podían permitir que se les utilizase de forma tan inhumana. Los sideriumenitas carecían de toda clase de sensibilidad, eran metódicos y fríos, así se les programaba ya cuando nacían al hacer la selección para convertirlos en obreros, soldados o sabios cual termes dentro de un nidal.

Había que hacer algo para impedir darles todo el material que exigían y con el cual pensaban invadir el universo, ya que en el aspecto tecnológico-espacial estaban avanzadísimos.

Al Cirus abrió los ojos y los miró. Ellos, a su vez, también le miraron.

No podía decir si estaban graves o sonrientes, sólo veía dos pares de enormes ojos con sus bocas redondas en eterno movimiento, aspirando el aire que les alimentaba sin tener que usar un estómago del que carecían.

—¿Te encuentras bien, terrícola? —preguntó Kaun.

—¿He dormido mucho? —inquirió sentándose en el diván.

—Has descansado, te hacía falta —le dijo Ohak.

—Pusisteis un narcótico en la comida, ¿verdad?

—Era necesario que durmierais. Ambos estabais muy nerviosos —respondió Kaun, su vigilante eterno.

—Si no tenemos la seguridad de que no volveréis a drogarnos, no probaremos más alimentos. Ella... —Se volvió hacia el otro diván y al verlo vacío, frunció el ceño y apretó las mandíbulas—: ¿Dónde está Agora? —preguntó levantándose amenazador.

—No te preocupes, tu princesa está bien —respondió Ohak.

—¡Quiero saber dónde está!

—En el centro especial de estudios biológicos.

Tras la respuesta del profesor Ohak, Al Cirus inquirió con violencia:

—¿Qué le están haciendo allí?

—No temas, terrícola, sólo está en observación. Es la única princesa terrícola que tenemos y antes de intervenirla hay que asegurarse muy bien de no cometer ningún error como sucedió con los otros dos terrícolas de su nave. Además, sabremos esperar a que esté completamente restablecida de su hibernación para que sus propias fuerzas físicas y biológicas la ayuden a superar el difícil trance de convertirse en reina y poder alumbrar consecutivamente hasta el último de sus óvulos.

Al Cirus sintió deseos de abalanzarse sobre los dos sideriumenitas. De hacerlo, los habría destrozado, pero comprendió que con aquel acto de violencia nada iba a ganar, puesto que desconocía el lugar exacto adonde habían llevado a Agora y si intentaba la fuga debía esperar a que ella regresara y estuviera junto a él.

Todo aquello sólo fue un pensamiento relámpago en su mente; de haberlo pensado con normalidad, los sideriumenitas lo habrían captado y estarían preparados para abordar cualquier plan de fuga que él pudiera intentar.

CAPÍTULO XII

La teniente apareció por la puerta como anonadada. Su mirada vagaba de derecha a izquierda, sin fijeza, y sus piernas hermosas y perfectas, totalmente al descubierto debido a que tan sólo vestía la escasísima ropa de hibernación, semejaban incapaces de sostenerla. Al Cirus se percató de que de un instante a otro podía derrumbarse.

Dio rápidas zancadas hacia ella para cogerla. Tras la teniente Agora caminaba la doctora Fabrina y tres sideriumenitas más de escolta para ayudarla en cuanto hiciera falta; ninguno de ellos iba armado.

—¡Al!

Se derrumbó prácticamente en los brazos del hombre y éste la abrazó con fuerza para transmitirle esperanza y fe en el futuro, un futuro que deberían evitar que fuera el que los sideriumenitas habían proyectado para ellos, un futuro que de haberlo conocido Agora en su totalidad al igual que Al Cirus, se habría derrumbado totalmente o enloquecido para ya no recobrar jamás la cordura.

—Tranquila, Agora, tranquila. Hay mucho tiempo por delante.

—Tengo miedo, Al, mucho miedo. —Se estremeció como si de repente se hubiera abierto el suelo para brotar de él con violencia un manantial de agua gélida que la bañara por completo.

Con la cabeza alta, Al Cirus clavó sus ojos grises en los grandes y siempre obsesivamente abiertos de la doctora Fabrina. Telepáticamente le inquirió:

—¿Qué le habéis hecho?

—Nada, todavía. Sólo ha estado en observación.

—Al, Al, cuando he despertado me he visto rodeada por ellos, tú no estabas cerca de mí. Me observaban, me tocaban, me ponían encima extraños aparatos. Tengo miedo, Al, tengo miedo.

No era miedo lo que Agora sentía, sino auténtico terror. La sintió entre sus brazos como una niña perdida y huérfana en medio de

la jungla, rodeada de fieras, o en medio del océano terrestre, sin posibilidad de ser salvada.

Su garganta angustiada deseaba gritar, gritar de pánico, pero hasta de alzar la voz tenía pavor, pues se sabía en manos de los sideriumenitas.

—Ten confianza en mí, Agora, por favor. —La apartó y la miró a los ojos directamente.

Las pupilas femeninas, de un limpio azul claro, se hallaban bañadas en lágrimas que enturbiaban su visión.

—No le hemos hecho nada que pueda calificarse de grave — insistió Fabrina.

Al Cirus captó como si la doctora estuviera sensibilizada por lo que les estaba ocurriendo. Aquello parecía insólito y podía ser un síntoma de debilidad en la científica sideriumenita, una hembra incapacitada para hacer el amor y procrear.

Pese a ello, pese al rígido sistema de vida comunitaria que los deshumanizaba, la doctora Fabrina sentía algo, quizá piedad, una piedad totalmente desconocida para Kaun, el profesor Ohak o los sideriumenitas que formaban la escolta y que semejaban autómatas.

Hubiera querido hablar con la doctora Fabrina y preguntarle si aún le quedaba algo de sentimientos, si compartía aquella vida monstruosa de la comunidad de Siderium, si apoyaba aquel plan para convertirlos en simples reproductores de cuerpos humanos a los que, posteriormente, extirparían los cerebros para colocarles los suyos y tener así más posibilidades y facultades para lanzarse a la conquista del espacio.

Le preguntaría muchas cosas, pero evitó pensarlas para no comprometerla delante de Ohak y Kaun. Su debilidad o, mejor dicho, su proclamación de humanismo, podía costarle cara. La tacharían de rebelde y sería torturada hasta la muerte por el sistema de desintegración lenta.

—¿Cómo te encuentras de fuerzas, Agora?

—No lo sé, Al, no lo sé. Te lo suplico, dame fuerzas o mátame, te lo agradezco, aunque sea en el último instante. Te besaré mientras me matas para evitar que me conviertan en un ser tan monstruoso como el que vimos abajo, como esa reina.

Fabrina, antes de que Kaun y el profesor Ohak tomaran alguna

drástica determinación al respecto, propuso:

—A la princesa terrícola le irá bien caminar por entre la vegetación. Necesita un largo paseo que tonifique sus músculos, las pruebas han sido algo duras.

—¿No sería mejor que durmiera? —preguntó el profesor Ohak.

—No —respondió la doctora Fabrina categórica—. Hay que tranquilizar su sistema nervioso y esto se conseguirá si se siente un poco como en su planeta. Si se le afectan los nervios, puede resultar catastrófico para nuestros planes de convertirla en reina reproductora.

—Bien. Abajo tenemos un vehículo de superficie. Daremos un paseo por la selva y luego caminaremos mientras buscamos frutos, vegetales y semillas que puedan ser alimenticias para los terrícolas —aceptó Kaun.

—A mí me parece muy bien —opinó Al Cirus—. Es lo que le hace falta a Agora.

Al Cirus no quería pensar en lo que deseaba hacer, temeroso de ser captado y de que los sideriumenitas se pusieran en guardia en su contra.

Agora, sin separarse de él, caminó a su lado mientras sacudía la cabeza para colocar mejor sobre su espalda semidesnuda la espesa y larguísima cabellera rubia que cubría casi todo su tronco.

Descendieron por una escalera espiral que rodeaba la base cilíndrica que sostenía la construcción esférica.

Tal como indicara Kaun, abajo aguardaba un vehículo de superficie con el techo y los costados transparentes. Kaun se puso al mando del mismo y Al Cirus se acomodó cerca de él, observando atentamente sus maniobras para el manejo del vehículo.

Tuvo que introducir una placa metálica perforada que ponía en marcha aquella especie de deslizador flotante con un motor totalmente silencioso.

Tras Agora y el propio Al Cirus, se sentaron la doctora Fabrina y el profesor Ohak. En la popa quedaron los tres sideriumenitas de escolta que dejaban caer sus largos brazos de dos codos en los asientos llegando hasta el piso del ancho vehículo.

Este se elevó un par de pies en el aire y después avanzó por la espesa selva. En muchas ocasiones, las hojas y ramas azotaban sus

paredes sin arañarlas siquiera debido a los materiales con que estaba construido.

La visión de tanto follaje tranquilizó el ánimo de Agora, máxime viéndose sentada junto a aquel astronauta un siglo más joven que ella, pero en realidad con unos pocos años más de vida. Por la edad física y biológica, ambos formaban una pareja terrícola perfecta y de ello se habían dado cuenta los habitantes de Siderium.

—Ahí hay árboles frutales de diversas especies —observó el profesor Ohak.

—Descuida, no comeremos nada, sólo escogeremos muestras de las posibles frutas y semillas que puedan ser utilizadas, en realidad las que más se parezcan a las de nuestro planeta —repuso Al Cirus.

Al hallarse fuera del vehículo de superficie, detenido por Kaun, Agora se sintió mejor, especialmente al verse rodeados de árboles frutales cargados hasta hacer doblar sus ramas más gruesas.

—Creo que aquí hay buena cantidad de alimento —observó Al Cirus con cierta jovialidad.

Se había propuesto infundir el máximo de confianza a los sideriumenitas hasta que llegara el momento de actuar.

CAPÍTULO XIII

Con aparente alegría, el comandante Al Cirus arrancó de uno de los árboles frutales, de copas bajas, un pesado fruto de cáscara roja.

—Fíjate, Agora, parecen naranjas y aquéllos son pomelos o algo por el estilo.

—Y aquello parecen almendros. Esto es un jardín del Edén —expresó Agora, contagiada de su compañero.

Aquella forma de comportarse agradó a los sideriumenitas pensando que la depresión nerviosa de Agora descendía y no tardaría en reponerse totalmente.

Siguieron escogiendo frutos.

Dos sideriumenitas habían quedado junto al vehículo de superficie, como vigilándolo. Ohak, Fabrina y el mismísimo Kaun, caminaban cerca de los terrícolas observando cuanto éstos escogían, mientras atrás, un sideriumenita acompañante iba recogiendo en una bolsa las muestras.

De pronto. Agora lanzó un grito de angustia y algo voló sobre su cabeza; tenía el tamaño de un colibrí o quizá era ligeramente más grande.

—Cuidado, es una abeja —advirtió Kaun—. No conviene que la pique, podría matarla.

El tamaño de aquel insecto era enorme, para los que estaban acostumbrados en el planeta Tierra. Con rapidez, Al Cirus arrancó una rama con muchas hojas y liberó a la mujer de la irritada abeja que intentaba picarle.

—Son muy grandes las abejas de aquí —gruñó Al Cirus.

—Sí —aceptó el profesor Ohak—. Hemos exterminado a la mayor parte de los insectos nocivos, pero a las abejas no, ya que cumplen, perfectamente, la función de trasladar el polen de unas flores a otras, facilitando su reproducción sin perjudicarlas en absoluto.

Al Cirus pensó rápidamente en una posibilidad y por ello se apresuró a decir:

—Las abejas producen miel en cantidad.

—¿Te refieres a ese jarabe rico en hidratos de carbono, fructosa y sacarosa? —preguntó el profesor Ohak.

—Sí, y estas abejas, por el tamaño que tienen, deben de producir miel en gran cantidad.

—¿Y qué importancia tiene eso? —interrogó Kaun.

—La miel es para nosotros un alimento de gran poder energético. Se da a los niños y a las mujeres embarazadas.

Al oír aquellas palabras, la doctora Fabrina dio un paso hacia delante, interviniendo.

—En ese caso y faltándoles carne que comer, habrá que proporcionarles esa miel que tanto debe alimentarles.

La propia Agora, intuyendo que Al Cirus se proponía algo importante, agregó:

—A mí me gusta mucho, y alimenta sobremanera.

—Está bien, haremos que busquen esa miel.

—Por aquí debe haber un panal de abejas —dijo Al Cirus internándose resueltamente en la maleza y obligando a los demás a seguirle.

Agora se apresuró a pegarse a los talones de Al Cirus. Kaun hubiera deseado que de ello se encargaran otros sideriumenitas bien protegidos, mas no pudo evitar verse envuelto en la búsqueda de la colmena.

Llegaron a un terraplén descendente. Al Cirus se detuvo en lo alto; desde allí se oía el zumbido de millares de abejas.

Kaun advirtió:

—Es peligroso estar por aquí.

—Ya sabemos adónde enviar a nuestros obreros para recolectarla —dijo la doctora Fabrina.

Ohak opinó:

—Las abejas se enfurecen cuando se les quita la miel.

—Ahí abajo existe un auténtico río de miel —observó Agora—. Hay tantas abejas y son tan grandes que producen miel en gran cantidad.

En aquel instante, Al Cirus vio llegar junto a sí al sideriumenita portador del saco. Sin pensarlo para no ser captado, lanzó su puño con tal violencia entre los ojos del sorprendido ser que lo tumbó de espaldas cuan largo era.

Quedó con los ojos abiertos, pero su boca ya no se movía. Jamás hubiera podido sospechar que el brazo de un terrícola desarrollara una fuerza tan demoledora y, posiblemente, su cara había sido incapaz de resistirla.

El profesor Ohak y Kaun se percataron de que Al Cirus empleaba la violencia para tratar de huir y le atacaron a su vez.

Mas no habían valorado adecuadamente la potencia muscular de Al Cirus quien cogió al profesor Ohak entre sus manos, lo alzó por encima de su cabeza y lo arrojó por el terraplén. Cayó encima de las colmenas, entre ensordecedores y aterrorizantes zumbidos de los millares de abejas allí apiñadas.

Agora no se estuvo quieta y arremetió contra la doctora Fabrina, quien echó a correr escapando entre la maleza.

Al Cirus lo observó y gritó a la joven:

—¡Hay que llegar al vehículo antes que ella!

Kaun trató de correr también, mas un puñetazo le alcanzó en la oreja izquierda. Se vino al suelo quedando inconsciente, con la mirada perdida, pero con los ojos siempre visibles por carecer de párpados.

Registró rápidamente a Kaun y le arrebató la placa de metal perforada. Cogió también el saco de frutas recogidas mientras en las colmenas, millares de abejas hundían sus largos aguijones cargados de veneno en el cuerpo del profesor Ohak que tuvo una muerte horrible.

—¡Corre, Agora, corre! —pidió Al.

La bella astronauta se agarró a la mano del hombre y ambos corrieron por el espeso Edén vegetal mientras las hojas les azotaban el rostro y el cuerpo femenino, escasamente vestido.

Pudieron llegar hasta el vehículo de superficie antes que la

doctora Agora; allí aguardaban los dos sideriumenitas.

Al Cirus soltó el saco de alimentos vegetales y como fiera surgida de la jungla, se lanzó sobre ellos gritando para enturbiar su mente de forma que ningún pensamiento escapara de ella.

Los sideriumenitas, sorprendidos por aquel ataque inesperado, retrocedieron. Al Cirus fue para ellos como una catapulta, como un demoledor ariete que los aplastó con sus puños semejantes a martillos mecánicos.

Ante los ojos de Agora, los sideriumenitas, incapaces de resistir la fuerza física de Al Cirus, saltaron por el aire como peleles para luego quedar tendidos en el suelo.

—¡Lo has conseguido, Al, lo has conseguido!

—Adentro, Agora, adentro. Hay que escapar de aquí, van a perseguirnos.

Entraron en el vehículo de superficie y Al Cirus se colocó en el puesto del conductor. Tal como le había visto hacer a Kaun, introdujo la placa metálica perforada.

Se encendieron unas luces coloreadas y el vehículo se puso en movimiento. Al Cirus lo manipuló recordando como lo había hecho Kaun y no tardó en elevarlo unos pies. Luego avanzó entre la maleza camuflándose entre el denso follaje mientras eran observados a distancia por los ojos de la doctora Fabrina, la única que había quedado consciente tras el violento ataque de Al Cirus que en pocos instantes se había deshecho de los sideriumenitas pese a su mayor número. Su gran potencia física los había derrotado.

En Al Cirus no sólo había el lógico deseo de huir, sino también el impulso genético de salvar a la hembra de su especie del ataque de seres extraños.

Aquel impulso masculino le había dado una fuerza que nunca poseerían aquellos sideriumenitas, esterilizados casi en el mismo instante de su nacimiento.

CAPÍTULO XIV

Al Cirus puso el vehículo de superficie de espaldas a la estrella sol de aquel sistema planetario y fue dando velocidad al vehículo para alejarse hacia las tierras adonde no iban los sideriumenitas, las tierras del frío y de la noche eterna.

El movimiento de liberación del planeta Siderium era escaso y por ello, la variación de la posición de su sol, también era pequeña; podía seguirse fácilmente una ruta tomándolo a él como referencia.

Cuando ya estuvieron suficientemente alejados, elevó el vehículo por encima de la vegetación, exponiéndose a ser visto. Dio el máximo de potencia y el vehículo demostró que podía volar a gran velocidad, cuadruplicando la barrera del sonido.

Rebasaron lagos o pequeños mares de agua verdosa, todo allí era verde. La materia orgánica vegetal predominaba en el planeta.

Ahora, sentada junto al hombre, descansaba más de su tensión nerviosa que de su cansancio físico.

—Al...

—¿Qué?

—Sabía qué harías algo, lo intuía sin atreverme a pensarlo.

—Has hecho bien, nos hubieran vigilado más de cerca y con guerreros armados de sus lanzas de rayos paralizantes.

—¿Crees que nos hubieran matado?

—No —denegó categórico.

—Es cierto, nos quieren vivos para procrear como aquella monstruosa y repugnante reina.

—Sí, y si nos atrapan, ya no nos dejarán mover a nuestras anchas para que no intentemos evadirnos de nuevo. Si eso sucede, ya no escaparemos al destino que nos han preparado.

—Horrible destino, Al, horrible. Creí volverme loca sólo de

pensarlo.

—Por el momento, hemos escapado a esa boda infestante. — Volvió su cabeza hacia la mujer y agregó—: No es que me disgustara casarme contigo, ni mucho menos, pero con una pareja de hijos tendría más que suficiente, no me gustaría ser el padre de diez mil.

Ahora sufrió un estremecimiento sólo de pensar en aquella posibilidad.

—Estos seres están muy avanzados tecnológicamente, pero carecen de humanidad, de sentimientos. Son como enormes insectos inteligentes.

—Creo que un día fueron más semejantes a nosotros, pero su sistema, su forma de vida comunitaria, es lo que los ha desensibilizado. Ahora son enormemente peligrosos. Su obsesión es invadir el universo y si no lo han hecho ya es porque están limitados físicamente por su sistema de alimentación. El alimento orgánico que absorben por la boca mediante la respiración no es apto para ser envasado.

—¿Y cómo pensaban solucionar ese problema?

Al Cirus vaciló unos instantes. Al fin optó por contarle lo que había captado del diálogo entre Kaun y el profesor Ohak, muerto ahora por las abejas y cuyo cadáver yacía medio hundido en aquel río de densa miel.

—Qué horror, Dios mío, qué horror —no pudo por menos que exclamar Ahora al conocer los monstruosos proyectos de los sideriumenitas para invadir el universo utilizando los cuerpos de los terrícolas.

—Pues ya ves que será mejor que no nos cojan con vida.

—Antes me suicidaré.

—No, eso no debes hacerlo en ningún momento. Mientras haya vida, hay esperanza y si hay que morir de alguna forma será luchando.

La vegetación se hizo menos densa, cada vez habían más claros sin flora. Abundaban las rocas desnudas e inhóspitas y la luz del sol de aquel sistema estelar era más escasa por llegar sus rayos hasta ellos de forma más horizontal.

—Será mejor tomar contacto con el suelo del planeta. Si seguimos adelante nos encontraremos con la noche perpetua y grandes

extensiones heladas que no nos van a favorecer en absoluto y tenemos muy pocos alimentos —observó Al Cirus.

—¿Y qué haremos después?

—No lo sé. Quedarnos en este planeta no es solución para nosotros.

—Si hubiera alguna forma de escapar de Siderium...

—Con este vehículo, no lo creo. Puede que llegáramos muy alto, pero jamás conseguiríamos escapar de la gravedad de Siderium. Sólo tenemos una solución.

—¿Mi nave?

Al Cirus puso los mandos de forma que hizo que el vehículo se posara suavemente en aquel inhóspito lugar donde abundaban las rocas y escaseaba la vegetación. Aquello no se parecía al caluroso y húmedo ambiente que habían dejado atrás.

—Quizá componiendo tu nave lográramos escapar. Ellos no nos podrían seguir, están incapacitados para salir al espacio, pero por otra parte poseen esas malditas naves automáticas con las que nos pueden atacar. De momento, hasta es posible que tengan naves orbitando el planeta y con ellas nos hayan detectado ya.

—Entonces, pueden venir en nuestra búsqueda.

—Sí, pero nos haremos fuertes, tengo la pistola "Láser" que cogí de tu nave. Ellos la desconocen y no han creído que fuera peligrosa, un error que puede costarles muy caro.

—La verdad es que resulta pequeña, pero muy potente.

—Bien, ¿qué te parece si salimos afuera a estirar las piernas?

—Como quieras. Aunque nuestro futuro sea incierto, aunque dentro de unas horas podamos estar muertos, me siento mejor que cuando estaba en manos de esos extraños seres de enormes ojos y larguísimos brazos.

En aquel lugar, la luz era semejante al crepúsculo de un día otoñal en el planeta Tierra. La claridad era tenue, escasa, y predominaban las sombras; por la luz quizá se pareciera también a una noche de plenilunio en la Tierra.

Al abrir la portezuela y saltar fuera del vehículo,

comprendieron que aquel sitio no era el más idóneo para ellos.

Un viento gélido lo barría todo. Allí distaba mucho de reinar el asfixiante calor que habían soportado en las inmediaciones del astródromo de los sideriumenitas, se notaba y mucho que se hallaban próximos a las tierras del frío y la noche eterna.

—¡Me estoy congelando, es un frío insoportable!

—Regresa adentro antes de que cojas una pulmonía. Llevas escasísima ropa y no hay otra por aquí.

Agora subió de nuevo al vehículo mientras grupos de ojos asomaban por entre las rocas, vigilándoles. De pronto, al ver que Al Cirus también acusaba aquel rígido frío en su cuerpo ligeramente cubierto, brotaron como una docena de extraños seres de entre las rocas.

En su mente, Al Cirus, de espaldas a los atacantes, armados con piedras y troncos, notó como un clamor que le advirtió del peligro; era como el rugido mental de sus enemigos.

Se volvió con rapidez y descubrió a los atacantes muy cerca. Eran sideriumenitas cubiertos con trajes hechos con gran cantidad de hojas que les protegían del riguroso frío reinante.

No había tiempo para dialogar con ellos. Agora, angustiada, gritó dentro del vehículo.

Al Cirus se vio desbordado por ellos debido a su gran número y al ataque por sorpresa. No tuvo más remedio, tras esquivar los primeros golpes de aquellas piedras y hachas primitivas, que desenfundar la pistola “Láser” al tiempo que uno de los sideriumenitas armado con una porra de considerables dimensiones, se encaramaba al vehículo para introducirse en él con evidentes intenciones de atacar a la desarmada Agora.

CAPÍTULO XV

Mientras con la diestra sostenía la pistola "Láser", con la zurda agarró uno de los pies del sideriumentita que trataba de atacar a la mujer. Tiró de él con fuerza, echándole abajo. Luego, disparó su "Láser" contra uno que arremetía con su hacha.

Al Cirus eliminó a tres antes de que los demás huyeran despavoridos ante aquél, para ellos, desconocido rayo de la muerte. Al Cirus subió de nuevo al interior del vehículo y lo puso en marcha elevándolo para dejarlo fuera del alcance de las posibles pedradas que pudieran lanzarles.

—¡Nos han descubierto, Al!

—No, ellos no son los que nos persiguen. Esos seres están escondidos ahí abajo y nos han atacado porque deben arremeter contra todo el que se acerque por su mundo.

—Pero entonces, ¿quiénes son?

—Posiblemente, los rebeldes que huyen del duro y frío sistema de vida comunitaria de Siderium. Estos son a los que desintegran lentamente y con dolor cuando son capturados, para escarmiento de los demás.

—Parecían muy belicosos.

—Tiene su razón de ser. Están en un lugar hostil para ellos y subalimentados. Este frío, la escasez de alimento orgánico en suspensión, les perjudica. Se hallan aquí como acosados y destinados a morir. Sólo superviven por los que se escapan sucesivamente creyendo que les queda una posibilidad de libertad, pero están equivocados.

—¿Como nosotros, Al?

—Nosotros la tenemos, somos una pareja fértil y perdona que te hable tan crudamente. Ellos están destinados a morir sin dejar descendencia. Tanto varones como hembras están esterilizados, pues en la cámara real, cuando se hace la selección, no perdonan. Sólo las princesas y los príncipes destinados a la reproducción son aptos para procrear y ellos están allí celosamente custodiados. No tienen

posibilidad de reproducción y cuando ésta desaparece, desaparece también el futuro, porque no hay futuro sin descendencia a quienes dejárselo en herencia.

Dio toda la velocidad al vehículo y se internaron en el mundo del frío y la noche eterna.

—¿Adónde nos dirigimos, Al?

—Ellos nos estarán buscando por la zona que acabamos de dejar atrás y nosotros, si es que este cacharro aguanta, daremos la vuelta al planeta. Saldremos por la cara opuesta, evitando así ser descubiertos. Si nos han seguido, creerán que nos hemos internado en el mundo del frío y de las tinieblas para siempre.

Sobrevolaron las vastas extensiones de aquel mundo albo y gélido cuyas dimensiones cuadruplican la Antártida terrestre. En medio del manto blanco y yermo pudieron ver una zona negra y en ella, un volcán en plena erupción, vomitando fuego, lava y humos en gran cantidad.

La lava discurría por sus laderas y terminaba desapareciendo bajo las aguas que bullían a su contacto. No muy lejos de allí, las grandes montañas de hielo crujían como gigantes heridos, se resquebrajaban y desmoronaban algunas para brotar otras con formas distintas.

Era algo grandioso y espectacular, la lucha del frío contra el acorralado calor del volcán.

Pasaron las horas. Ahora estaba agotada y medio se durmió. Al Cirus seguía atento al mando de aquel vehículo que se elevaba con mucha facilidad y se desplazaba a gran velocidad. Su energía motriz parecía inextinguible.

Al fin, a través del parabrisas, vio nacer el día eterno de Siderium. Era como observar una alborada terrestre, pero allí, en contra de lo que sucedía en la Tierra, había que volar en pos del sol y no esperar a que éste se alzase, ya que permanecía siempre fijo en el mismo lugar.

La luz llenó por completo el interior del vehículo y Ahora despertó frotándose sus bellos ojos azules.

—Hum, ¿ya estamos en el día?

—Sí, hemos dejado atrás la zona del frío y la noche eterna. La hemos rebasado en su totalidad, quizá eso es lo que no esperan los

sideriumenitas.

—¿Crees que podremos llegar al astródromo?

—Espero que sí, al menos lo intentaremos salvo que quieras vivir como un simio en estas junglas, con el constante temor de ser capturada.

—No, no podría soportarlo.

—Entonces, sigamos adelante.

La nave continuó avanzando a gran velocidad, ahora ya por encima de las espesas junglas que poblaban la mayor parte del planeta que recibía directamente la luz solar, teniendo por ello una gran abundancia de oxígeno.

—¡Allí, allí abajo parece el astródromo! —señaló Agora.

—Lo es. Descenderemos a la jungla y avanzaremos a ras de suelo por entre la espesura para evitar ser descubiertos, si es que no nos han localizado ya.

—Tú lo has dicho, posiblemente nos estén buscando por la otra cara del planeta.

—Esperemos que sea así. No sé para cuánto nos queda con la pistola “Láser” y si hay que luchar, nos hará falta. Somos sólo dos seres contra todo un mundo, contra toda una civilización.

Avanzaron abriéndose paso entre la maleza hasta llegar muy cerca del astródromo cuando:

—¡Cuidado, Al, una alambrada metálica!

En efecto, ante ellos se erguía una alta alambrada metálica y, tras ella, un gran espesor de alambres electrificados, posiblemente con la misión de evitar que cruzaran aquella barrera los rebeldes de Siderium.

Al Cirus elevó el vehículo y con él rebasaron la cerca pasando al otro lado. Después, detuvo el vehículo y dijo a Agora:

—El resto será mejor hacerlo a pie.

—Sí, este vehículo sería ahora demasiado visible.

Abandonaron el artefacto volador con el que habían dado casi una vuelta completa al planeta Siderium y se abrieron paso entre la

maleza hasta llegar al suelo pétreo que cubría la vasta extensión del astródromo. Allí se detuvieron, preocupados.

—Si corremos hacia la nave, pueden descubrírnos —objetó Agora.

—Es cierto, pero aquí no podemos esperar a la noche, siempre es de día. Debemos arriesgarnos.

—Pues, si no queda otro remedio, ¿a qué esperamos, Al?

—Por si no salimos de ésta, déjame besarte antes.

Agora se entregó a la caricia con vehemencia. Si lo que estaba viviendo era una pesadilla, aquél era el único instante bueno de ella.

Separaron sus labios y se miraron a los ojos. El hombre había conseguido transmitirle toda la confianza que Agora necesitaba.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

—Al, tú haces lo imposible. Si sale mal, en fin, lo nuestro sólo habría sido un sueño agradable dentro de la horrible pesadilla.

—Corramos hacia nuestro futuro.

Cogiéndola de la mano, ambos corrieron por el suelo pétreo en dirección a la nave terrestre allí detenida, posada sobre un planeta que le era extraño.

Llegaron a la escalerilla sin contratiempos; nadie les salió al paso.

—Arriba, Agora, quizá tengamos suerte.

Se introdujeron en la nave y el hombre indicó a Agora:

—Ponte el traje de supervivencia Tiene una pistola "Láser" que puede hacerte falta.

—Y tú, ¿qué vas a hacer? Puedes colocarte uno de los trajes de supervivencia de mis compañeros.

—Antes iré al puente para ver qué posibilidades tenemos de poner los motores en ignición y despegar del planeta.

—Ninguna —replicó telepáticamente alguien que estaba cerca de ellos.

Se volvieron y ante sí descubrieron los ojos obsesivamente

abiertos de la doctora Fabrina.

CAPÍTULO XVI

—¿Ya has dado la alarma? —preguntó con sarcasmo Al Cirus percatándose de lo difícil de su situación.

—No, no la he dado, pero si queréis escapar con esta nave, no lo conseguiréis jamás, está demasiado averiada.

—Al, Al, casi lo habíamos logrado —sollozó Agora desesperada.

—La única forma que tenéis para escapar de Siderium es utilizando el sistema de viaje atomizado, el sistema por el que tú fuiste traído a Siderium, terrícola.

—Sí, pero llegar hasta allí por el subsuelo será totalmente imposible.

—Yo puedo ayudaros a llegar —manifestó Fabrina sin ambages.

—¿Tú? —exclamaron los terrícolas al unísono.

—Siempre he dudado de nuestro sistema de civilización, de nuestra forma de vida, pero después de veros a vosotros he comprendido cuán equivocados hemos estado.

—¿Eres una rebelde? —preguntó al Cirus.

—Ahora, convencida. Sé lo que me espera si me descubren, pero os ayudaré a huir si es lo que deseáis.

—¡Sí, sí, quiero escapar de este planeta! No quiero verme convertida en un ser horrible como vuestra reina.

—Te comprendo, princesa terrícola. Yo también lamento ahora mi esterilización cuando jamás creí que llegara a pensar en ello. Desearía ser una hembra como tú y que todas las mujeres de Siderium tuviéramos tus oportunidades, lo mismo que los hombres tuvieran las de Al Cirus. El amor cundiría entre ambos sexos y no ocurriría como ahora, que el sistema de procreación está prácticamente mecanizado y el amor ha sido aniquilado. Nuestra forma de vida debe desaparecer y

el único medio para lograrlo es eliminar a la reina y a las princesas.

—¿Es lo que nos pides? —preguntó Al Cirus gravemente.

—Sí. Es lo que os pido a cambio de ayudaros a escapar. Comprendo que no somos monstruosos por ser distintos físicamente a vosotros, si no por el sistema de vida que tenemos. Los hombres como Kaun proclaman que conquistaremos el Universo y eso sería funesto. Nuestro mundo debe terminar ya que nos equivocamos al escoger el camino.

—¿Me estás pidiendo la destrucción de tu propio pueblo?

—No creo que lo logres, terrícola, pero si lo consigues, así es. Si quedara alguien vivo dentro de la cámara real, lo cuidarían para reanudar el sistema que ahora tenemos. Cuanto hay dentro de la gran cámara real, príncipes, princesas, la reina, su gigantesco abdomen y los infantes todavía no esterilizados, deben ser exterminados. Es el castigo que merecemos a nuestra soberbia. Sólo un ser como tú puede entrar allí y barrerlo todo. Nuestros rebeldes podrían atacar, pero jamás poseerán tu fuerza, tu empuje, tu viveza, tu espíritu de lucha. Te he visto pelear y nadie en Siderium puede igualársete. Eres como un huracán avasallándolo todo. Ese espíritu que tú tienes es el que falta a los hombres de Siderium, quizá porque dejaron de ser hombres apenas nacidos. Buscando crear un ser fuerte, hemos hecho un pueblo de seres inteligentes, pero débiles de cuerpo y espíritu.

—De acuerdo. Tú nos conduces, doctora Fabrina; nosotros te seguiremos aunque sea hasta el infierno, porque lo que no dejaremos es que nos cojan vivos.

—Lo comprendo. Preparaos.

Ahora se colocó el traje de supervivencia que la hacía más pesada, pero que habría de serle indispensable cuando fuera proyectada al espacio.

Al Cirus se apoderó de otra pistola "Láser" y así doblemente armado, abandonaron la nave guiados por la doctora Fabrina. Esta les condujo a un ascensor que les hundió en las entrañas de Siderium.

Vieron varios monorraíles allí detenidos y a un grupo de sideriumenitas armados con sus lanzas paralizantes.

Al Cirus no lo pensó dos veces y empuñando una de las dos pistolas que llevaba, disparó hacia ellos convirtiéndolos en llamas antes de que tuvieran tiempo de pedir auxilio mentalmente y dar la

alarma.

—Rápido, a ese monorraíl. Nos dirigiremos al centro de lanzamiento a distancia, pero antes pasaremos por el palacio real. Sólo una posibilidad entre cien tendremos para salir de allí con vida.

La propia doctora Fabrina, desengañada de su mundo y de sí misma, frustrada por su esterilidad, se puso al mando del monorraíl y lo sumergió en las galerías subsolares del planeta por un laberinto de túneles del que jamás hubieran podido salir los terrícolas por sí solos.

—Cuando llegues a palacio, detén el monorraíl delante de las escalinatas. Tú, Agora, utiliza el “Láser” contra los vigilantes que me ataquen.

—Te acompañaré.

—No. Tu traje de supervivencia es pesado y no llegarías lejos. Ambas os quedaréis dentro del monorraíl, y yo haré el resto. Si no salgo, alejaos. Fabrina, ¿enviarás a la teniente Agora al espacio?

—Sí, la mandaré a tu nave que sigue girando. Tú ignoras que nuestra nave automática, mediante un sistema de absorción de electrones, fue quien bloqueó la puerta de tu nave y de esta forma quedaste atrapado en el espacio. Después, a través de nuestras pantallas de televisión y empleando la teledirección, guiamos la nave automática hacia ti como una trampa en la que caíste.

Al fin, cuando los minutos se hacían interminables, el monorraíl arribó frente al palacio como una exhalación. Al Cirus brotó del vehículo y corrió escaleras arriba hacia las puertas del edificio real.

Los guerreros no habían recibido orden de detenerlo y le dejaron pasar. Al Cirus cruzó la primera antesala y allí, en medio del turbio ambiente, descubrió a los príncipes, equivalentes a sementales de una granja.

Sin titubear, disparó su pistola “Láser” hacia ellos, convirtiéndolos en llamas.

Tras aquel ataque, los guardianes le cortaron el paso hacia la gran puerta de oro. Al Cirus volvió su pistola, y les vomitó el rayo de la muerte antes de que ellos replicaran con el paralizante para detenerlo.

La gran puerta de oro parecía un muro infranqueable, pero no lo fue para el “Láser” que la perforó con su gran poder calórico. Un

pedazo de plancha de oro cayó al suelo pesadamente y el terrícola saltó hacia el interior de la cámara real.

Se encontró frente a la cabeza de la reina, aquella cabeza siempre oscilante y que le miró fijamente. Al Cirus adivinó asombro en su mente.

—Terrícola, ¿qué haces?

—Soy vuestro exterminio.

Jaló el gatillo de la pistola "Láser", y la cabeza de la reina se convirtió en una llamarada. Después se volvió hacia las princesas que podían ser convertidas en monstruos como el que tenía delante y las barrió con su rayó letal.

Al Cirus sudaba copiosamente, el ambiente era asfixiante.

En la cámara real aparecieron guerreros y se revolvió disparando contra ellos. Después rodeó el cuerpo de la reina parapetándose tras él y barrió la cámara de la izquierda de la gran tarima.

Allí estaban los infantes todavía no esterilizados, las matronas y las doctoras, siempre al servicio de la monstruosa reina.

Todo olía mal, era un tufo a carne quemada. Al Cirus sudaba y sudaba mientras vomitaba el rayo de la muerte hasta que el cargador atómico de una de las pistolas se agotó y dos sideriumenitas se abalanzaron contra él para detenerle.

Con sus puños, los tumbó a los dos. Se armó con la otra pistola, usándola en principio para achicharrar el gigantesco abdomen de la reina, cargado de embriones.

El humo se sumó a la asfixiante atmósfera orgánica del recinto donde nada se veía y nada quedaba con vida.

Como un huracán, Al Cirus traspasó la puerta de oro encontrándose ante un nutrido grupo de guerreros armados con sus lanzas paralizantes que le cerraban el paso.

Disparó contra ellos, mientras desde el monorraíl,

Agora hacía lo propio, los cuerpos se retorcían y caían, convertidos en antorchas y dejando el paso libre al terrícola.

Consiguió llegar hasta el monorraíl que se puso en marcha de

inmediato, guiado por la doctora Fabrina, y desaparecieron por las entrañas del subsuelo de Siderium.

—¿Lo has conseguido todo, terrícola?

—Sí. Lo siento, pero ahora sois unos seres destinados a desaparecer, puesto que todos sois estériles.

—Castigo y fin justo a nuestra equivocación. Los míos me maldecirán, pero creo que obro bien. Nos habíamos convertido en un pueblo monstruoso.

—Decir que crees que obras bien es símbolo de que sabes lo que es el bien y el mal, quizá eso es lo que llegó a olvidar tu mundo.

El monorraíl no se detuvo hasta llegar a la estación subsolar que Al Cirus ya conocía.

Se apearon del vehículo y corrieron hacia la sala especial. A su paso hallaron sideriumenitas que Al Cirus fue eliminando sin contemplaciones.

—¡Rápido, Agora, ve adentro de aquella jaula de cristal donde está la silla!

Al Cirus miró fijamente a la doctora Fabrina y dijo:

—Gracias —le tendió la pistola “Láser” añadiendo—: Puede hacerte falta.

Fabrina la tomó sin responder nada. Al Cirus corrió junto a Agora. Se vistió rápidamente con su traje de supervivencia que había quedado allí y se acomodó en la butaca, sentando a la mujer sobre sus rodillas.

Antes de que se cerrara la puerta de cristal, Kaun apareció en la sala.

—¡Espera! —pidió.

La doctora Fabrina, que empuñaba la pistola, la volvió hacia Kaun y jaló el gatillo, convirtiéndolo en una brillante llamarada.

Inmediatamente después, el cristal se cerró apresando a los terrícolas. Fabrina pulsó una gruesa palanca y ambos comenzaron a desintegrarse. Desaparecieron de allí convertidos en vivísima luz y en esta forma viajaron a través del espacio hasta reaparecer en la nave automática.

Al Cirus tomó la pistola de Agora con una mano y a la propia mujer con la otra. Salieron de la nave sin dificultades y frente a ellos vieron la H-Explorer 1001.

Al Cirus puso en marcha sus autocohetes, y cruzaron el espacio que separaba una nave de la otra.

Al llegar a la nave terrestre, las suelas electroimantadas de Al Cirus se pegaron al fuselaje. Se volvió hacia la nave sideriumenita y disparó el “Láser” contra ella, destruyéndola y transformándola en una bola ígnea que, perdido el control, se alejó de ellos.

Siempre sin soltar a Agora, caminó por el fuselaje hasta llegar frente a la puerta. Esta se abrió sin dificultades una vez desaparecida la nave que la controlaba a distancia.

Entraron en la Explorer y la puerta se cerró tras ellos. De la cabina de despresurización pasaron a la cabina de mando, ya libres de los pesados trajes de supervivencia.

—Hay dos cápsulas de hibernación de repuesto por si ocurren accidentes, tú utilizarás una de ellas.

—¿Y adonde se dirige esta nave, Al?

—La pondré de nuevo en rumbo. Debemos explorar un asteroide rico en uranio y luego regresaremos al planeta Tierra. Allí, si te parece bien, uniremos nuestras vidas para siempre.

—Al, tú me has salvado. He pasado un siglo perdida en el espacio, mi nave debió darse por desaparecida, y si no llega a ser por ti, jamás habría escapado de Siderium.

—No quiero agradecimiento, Agora, quiero otra cosa.

Ella, puesta de puntillas, lo besó en los labios mientras los dedos del hombre se enredaban en los larguísimos cabellos de oro.

La nave aguardaba a que se le pusiera bien el rumbo para proseguir su misión de exploración espacial, pero habría de esperar mucho rato, pues la teniente Agora deseaba demostrar claramente al comandante Al Cirus que lo que sentía por él era amor.

FIN

[[1]] Satellite natural de Marte.